

El final de una ronda

Marisol Fernández Recalde



Capítulo 1

El final de una ronda

"La esperanza es el pilar del mundo"

Proverbio ingles

"El suicido es el mayor de los delitos, porque es el único del que no podemos arrepentirnos"

Máximo Bontempelli

Capítulo 2

Prólogo

Al verla maldecir la vida al borde del puente, las piernas se le pusieron rígidas y la mente se le quedó en blanco. Quería salvarla, pero algo le decía que no sería buena idea meterse en las decisiones de los demás.

El tiempo se detuvo. La chica ya estaba con un pie en alto, dispuesta a saltar. Parecía que todas las personas habían desaparecido, como si se pusiesen de acuerdo en permitirle tal atrocidad.

"No lo hagas" Pensó la espectadora. *"Sé que será una buena fuente de inspiración, pero me sentiría mal si escribiese sobre un suicido cuando lo contemple con mis propios ojos"*

Y mientras pensaba eso, el tiempo volvió a su transcurso normal. La chica ya dio el salto, sin antes decir *"Adiós, mundo cruel"* como despedida. Antes de que su cuerpo tocara la fuerte corriente del río, su alma abandonó el cuerpo y se abstuvo a las terribles consecuencias de permitirse aquella autodestrucción.

O eso era lo que creía la espectadora.

Capítulo 3

Capítulo I. En busca de inspiración

En cualquier momento

sus ojos vislumbrarían

algo revelante.

Estaba segura de eso...

Cuaderno en blanco. Bolígrafo moviéndose con brusquedad. Un dedo golpeando fuertemente la mesa. Así se encontraba Alicia, aquel mediodía normal en que no tenía ni una pizca de inspiración.

Luego de leer una larga novela clásica, junto con un best seller barato y unas historietas que le prestó su amiga Irene, decidió sentarse en su escritorio y tratar de escribir. Pero no se le ocurrió nada nuevo ni para escribir un insignificante párrafo.

En eso estaba cuando apareció Carolina, su hermana, que era la menor por un minuto y treinta segundos. Tenía puesto un delantal lleno de pintura y aceite.

- ¿Estás ocupada?- le preguntó Carolina a Alicia.
- No te preocupes- le dijo Alicia- últimamente carezco de inspiración. ¿Qué quieres?
- Solo quiero que opines sobre mi nuevo cuadro.

Alicia, entonces, como todos los días, fue a ver la pintura de su hermana que ya estaba concluida.

Y como siempre, dio su opinión al respecto.

- Veo que has mejorado mucho, Carolina. Suerte que no tienes que inventar nada, solo pintar lo que ves. Hace meses que no puedo escribir nada y estoy triste por eso.
- No te preocupes, Alicia. Tal vez si te paseas por la ciudad lograrás encontrar algún tipo de inspiración.

Alicia, luego de pensarlo por un momento, dijo:

- Está bien. Espero encontrarme con alguna persecución policíaca, un robo, un secuestro o... ¡Una pelea callejera!
- ¡No! ¡Pelears no! ¿No puedes buscar algo más romántico?
- Eso es aburrido. Prefiero la literatura policíaca y misteriosa. Además, los

escritores escriben lo que sienten en lo más profundo de sus corazones.

Luego de decir eso, se metió en su pieza y se preparó para salir. Cuando se miró al espejo, descubrió que su cabello ya le creció bastante, por lo que pensó que debería ir a la peluquería después. Aborrecía tener el cabello largo.

Ya cuando estaba por salir, Carolina le dijo:

- Si pasas por el puente y te encuentras con mi amiga Sofía, dile de mi parte que me parece una mala idea.
- Descuida, se lo diré- dijo Alicia, sin importarle quién era Sofía y qué otros problemas tenía Carolina.

Siempre que iba a pasear, Carolina le pedía a Alicia que le mandara un recado a alguien. Por la forma en que lo pedía parecía ser que ocurrió una tragedia. Pero al final, era un tonto problema o algo insignificante.

Decidió guiarse solo por sus pies y no tanto por los lugares que ya conocía. Bitácora en mano, bolígrafo en el bolsillo, en espera a ser utilizado. Ante cualquier hallazgo, Alicia lo utilizaría como si fuese lo único que la haría respirar en la faz de la Tierra. Manos temblorosas. En cualquier momento sus ojos vislumbrarían algo revelante. Estaba segura de eso.

Tropezó con un niño que corría por la calle. No le preocupó, porque no llevaba dinero alguno para que la robaran. El niño huyó desesperadamente, al ver que falló en su propósito. Ya lejos, Alicia abrió su bitácora, sacó su bolígrafo y, con una velocidad sorprendente, escribió que chocó con un ratero que le robó la billetera.

- ¿Qué novedades hay?- le preguntó alguien a sus espaldas.

Alicia se dio la vuelta y se encontró con Irene. Tenía puesto una remera de marinera con una falda azul claro. No era la primera vez que la veía con un traje de esos.

- ¿Otro cosplay[1]?- le preguntó Alicia.
- Sí. ¿Verdad que me queda genial?- le dijo Irene, con un brillo alegre en los ojos.
- Realmente nunca entenderé esa afición que tienes hacia los dibujitos chinos- dijo Alicia, con un suspiro.
- Son japoneses- le espetó Irene, golpeando el suelo con mucha fuerza- Y no me importa que me digan infantil por esto. Soy lo que soy y es lo que más me hace feliz. ¿Qué hacías escribiendo?
- Voy anotando algo interesante que veo. Tal vez escriba una novela de misterio, pero carezco de imaginación.

- Descuida. Lo obtendrás algún día. Me tengo que ir. Hablamos luego.

Ya cuando cruzó la calle, Alicia volvió a abrir la bitácora y escribió que se encontró con una amiga que luchaba por tener una eterna infancia al estilo Peter Pan.

Su caminata la trasladó hasta un parque de diversiones. En la entrada vio a un niño llorando, diciéndole a su mamá que nunca más se subiría al Tren Fantasma.

Inmediatamente, Alicia anotó en su bitácora que un niño, en el juego de "Tren Fantasma", se encontró con monstruos de verdad e intentaron matarlo.

Al anotar la nueva idea, recordó a su hermana. Sabía que no aprobaría ese hecho violento, por lo que sintió placer y pensó que ya tenía edad suficiente para afrontar las adversidades de la vida.

Llegó hasta una plaza, en donde se sentó bajo la sombra de un árbol y empezó a leer las tres ideas que anotó durante el camino. Llegó a la conclusión de que eran ideas repetidas, ya vistas en muchos libros o en muchas historias.

"¿Será acaso que ya no existe nada nuevo que inventar?" Pensó Alicia, desconsolada.

Recordó entonces el primer libro de cuentos y relatos que había publicado a los diecisiete años. Todos la felicitaron y la elogiaron por la gran imaginación que tenía.

Pero eso era cosa del pasado.

Quería inventar algo nuevo, algo atrapante, algo que hiciera que el lector no se despegara del libro nunca más. Necesitaba una buena idea y haría cualquier cosa por lograrlo...

... sin antes pagar un alto precio por en anhelo de escribir.

A pesar de estar bien lejos, Alicia pudo vislumbrar a una chica de rostro triste y el ánimo por el suelo, como si deseara en lo más profundo de su corazón una muerte segura y rápida. Alicia, por algún extraño motivo, decidió seguirla. Guardó la bitácora en su bolsillo y salió de la plaza.

La muchacha observó el cielo, ya anaranjado por el atardecer. Aquello impactó más a Alicia, porque algo le decía que se acercaba el final de algo. La chica triste y el atardecer eran como dos nudos que unían a una cuerda, para así terminar con un proyecto y dar inicio a la presentación

final de un drama.

Las personas no se dieron cuenta de nada. Cada uno seguía con sus vidas. Solo Alicia se sintió atraída por esa chica, como un imán es atraído por la puerta de la heladera.

Sin embargo, la chica parecía no darse cuenta de que alguien la observaba. Parecía que vivía en otro mundo, como una muerta viviente.

Semáforo en verde. La chica cruzó la calle. Varios pasos atrás estaba Alicia. Ni siquiera tuvo necesidad de esconderse, dado que la chica no volteaba ni nada por el estilo. Solo seguía adelante.

Alicia sabía que estaba ante una nueva idea pero, por la atracción total de esa chica, se olvidó de escribir. Se olvidó de su oficio de escritura y hasta se olvidó de que, unos segundos antes, pensaba en lo que escribirá acerca de lo que había visto en el día.

[1] Etimológicamente del inglés costume play, juego de disfraces, consiste en disfrazarse de algún personaje (real o inspirado) de una historieta, dibujo animado, película, libro, videojuego o incluso cantantes y grupos musicales e intentar interpretarlo en la medida de lo posible. Aquellos que siguen esta práctica son conocidos como cosplayers, siendo para ellos una de sus principales aficiones.

Capítulo 4

Capítulo II. Un corazón destrozado

Su mirada parecía más bien

la de un adulto,

como si nunca hubiese tenido

infancia.

Respiración acelerada. Presión alta. Sudor frío recorriendo el rostro. Así se encontraba la chica cuando estaba cerca del puente. Crepúsculo en marcha. Alicia sentía que se acercaba el final de algo. Cuando la chica estuvo caminando sobre el puente, la escritora se quedó mirándola una calle antes. Las personas, poco a poco, fueron desapareciendo, hasta que solamente quedaron ellas dos...

... o eso era lo que creía Alicia.

La chica se subió por la barandilla del puente. El río estaba bajo, con una fuerte corriente que ocultaba un montón de rocas apiladas. Era perfecto para una muerte segura y rápida.

La chica empezó a gritar. Alicia pudo escuchar claramente lo que decía.

- ¿Es que esta puta vida no me puede dar algo más que tristezas? ¡Al carajo entonces los malditos proyectos! ¡Prefiero ir al infierno antes que seguir soportando esto! ¡Mierda! ¡Malditos sean todos!

Después de eso, se quedó en un largo silencio.

No lo pensó dos veces para dar un salto al río y así acabar con su vida, sin antes decir en voz baja "Adiós, mundo cruel" como despedida de su horrible vida.

Alicia ni siquiera pudo escuchar su propia voz, que ya tarde le decía que era mala idea. Tampoco se dio cuenta de que estaba corriendo desesperadamente hacia el sitio en donde la chica se había tirado. Pero cuando llegó ahí, no pudo encontrar ni rastros de su propia existencia. La corriente la tragó por completo, borrándola de la faz de la Tierra.

Pero no fue la única que llegó al lugar.

Cuando sacó la vista del agua, vio a un niño de entre diez u once años. Su mirada parecía más bien la de un adulto, como si nunca hubiese tenido

infancia. Él observó por mucho tiempo a Alicia, sin decir nada. Alicia, entonces, le preguntó qué hacía allí y el porqué vio algo que lo traumaría por completo.

- Ella quiso cortar el círculo- dijo el niño, con una voz extrañamente grave, como si hubiese pasado la pubertad.
- ¿Círculo?- dijo Alicia, desconcertada.
- Todo intento de lograrlo fue inútil. Alguien más sufrirá su cruel destino. Y ella creyó que con un suicido solucionaría las cosas. Ya lo dijo un sabio científico: el universo y la estupidez humana son las dos únicas cosas infinitas, de la cual la primera todavía no está comprobada.[1] Es por esa razón que los humanos no cambiarán. Seguirán siendo los mismos estúpidos y cerdos de siempre.

Luego de decir todo eso escupió en el suelo, a los pies de Alicia. La escritora, como no soportaba esa clase de conductas, dijo:

- ¡Pero tú también eres humano! ¡Cometes errores! Es normal cometer errores.
- Eso no cambia el hecho de que los humanos son los seres más abominables de todo el universo conocido y a punto de conocer- le dijo el niño, con la voz más dura que Alicia jamás había escuchado- a pesar de ser advertidos varias veces, siguen peleando entre ellos, contaminan el planeta y el espacio, siguen caminando en el maldito círculo de pecado y dolor, hiriéndose continuamente y sin parar de hacer la ronda. Es por eso que aborrezco a los humanos... ¡Y me aborrezco a mí mismo por ser uno!

Después de esas duras palabras para Alicia, corrió en la dirección opuesta de la ciudad y desapareció entre las casas del otro lado del río.

- No me dijiste que tu amiga Sofía se iba a suicidar.
- Cuando te estaba por explicar, ya cerraste la puerta. Creí que no me habías escuchado.
- Te escuché, pero no le di importancia. ¿Qué era lo que le pasaba?

Alicia volvió a casa con ganas de llorar. Pero decidió aguantarlo y soportar su corazón destrozado en silencio, tanto por el suicido como por las palabras de aquel extraño niño.

Ya era la hora de la cena. Sus padres vendrían tarde, por lo que ellas decidieron hacerse la comida. Alicia le contó a Carolina lo que había pasado, lo mal que se sentía en aquellos momentos.

- Su familia era muy ortodoxa y tradicionalista- le explicó Carolina, cuando Alicia quiso saber el motivo que la llevó a Sofía a suicidarse- son esas familias clásicas, que creen que no hay que dejarse llevar por los cambios

de la modernidad. Y como era la mayor de dos hermanas, la tradición decía que tenía que ser la primera en casarse.

- ¿Todavía existe ese tipo de cosas?- le preguntó Alicia, desconcertada- ¿Eso fue la que la llevó al suicido?

- En realidad no fue eso. Se casó muy joven y el año pasado descubrió a su marido engañándola con una de sus hermanas, así como su padre engañó a su madre, su abuelo a su abuela... todas las antepasadas de Sofía prácticamente fueron engañadas por sus maridos. Sumando eso que perdió a su hijo por aborto natural, más el temor de vivir bajo los crueles tratos e infidelidades de su esposo, no encontró otra opción que suicidarse...

- Cuando la vi me parecía muy joven, como una chica de dieciocho o diecinueve años. ¿A qué edad se casó?

- A los quince.

- ¿Cómo la conociste?

- Su marido era profesor de matemáticas en nuestro colegio. Las raras veces que vi a Sofía siempre me pareció muy joven, pero nos hicimos amigas. Todo el tiempo me decía que aborrecía a su familia por ser ortodoxa y por mantener costumbres que más bien eran normales en el siglo XIX. Fue inútil lo que hice por ella. Creí que la salvaría del suicido, pero no fue así. ¿Acaso seré útil para algo?

Y mientras decía esas palabras, empezó a llorar. Eso le sorprendió mucho a Alicia, dado que Carolina parecía muy calmada al contar la historia.

Terminaron la cena sin agregar nada más. Carolina seguía llorando en silencio, mientras que Alicia abrió cualquier libro que encontró y pensó: "Soy yo la que debería estar llorando. No tú, Carolina"

Y mientras leía, se acordó del niño extraño, de aquella mirada fría, con quien había hablado luego de que la chica se suicidara. Todavía no entendía el porqué dijo esas palabras, de dónde venía y si realmente conocía a Sofía para llegar a esa conclusión.

"Ella quiso cortar el círculo"

Esas palabras le sonaban cada rato en la cabeza. Ya había leído algo de eso, pero no podía recordarlo.

Prácticamente, apenas prestaba atención a lo que leía. Hasta que de pronto, llegó a una frase que decía:

Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube. Para el que viene, baja.[2]

- Sube o baja...- empezó a murmurar Alicia, como si esa frase fuese la clave para desentrañar un misterio sin resolver.

Se sintió identificada con esa frase, porque explicaba exactamente lo que pasaba en esos momentos. Y también la identificó con ese extraño niño que, sin importar las ideas que tenía acerca de los humanos, también era un ser que sentía y sufría, un niño que no tuvo infancia y que, al nacer, ya tenía las características de un desgraciado adulto al cual se le arrebató la esperanza hasta de creer en el propio amor.

“Este libro es sensacional” Pensó Alicia, dispuesta a leerlo en cualquier momento y a anotar esa frase en su bitácora, porque sabía que algún día, iba a necesitarla para futuros proyectos.

[1] Refiriéndose a una cita de Albert Einstein: “Solo existen dos cosas totalmente infinitas: el universo y la estupidez humana. Y la primera todavía no fue del todo comprobada”

[2] Pedro Páramo de Juan Rulfo

Capítulo 5

Capítulo III. Amor no correspondido

*Siempre le parecieron más inteligentes,
más centradas y más sinceras.*

*Y el enamorarse de Alicia le
abrió la posibilidad de iniciar una nueva vida,
de salir del camino al que se dirigía*

Cabellos prolijos. Ropa lisa y limpia. Dientes relucientes. Así se veía Felipe, un muchacho de quince años que se enamoró perdidamente de Alicia, a pesar de que se llevaban cinco años de diferencia.

Todo comenzó aquella mañana de verano, tres años después de que la hermana mayor de Felipe se suicidara. Si no hubiese tomado esa decisión, tendría la misma edad que Alicia.

Felipe tenía trece años y, un día, le regalaron un libro de Alicia. Como no era de mucho leer, entonces no le dio tanta importancia. Pero un día, abrió el libro y encontró su foto. Le pareció una chica joven y hermosa. Con varias averiguaciones, supo en donde vivía y también de sus actividades.

Pero nunca se animó a declararse. Solo se limitaba a observarla de lejos.

Tres meses después de cumplir quince años de existencia en el mundo, tomó la decisión de que era hora que Alicia supiera que él existía.

Llegó hasta su casa, mas tuvo la sorpresa de que no estaba.

- ¡Qué raro!- pensó Felipe- hoy es el día en que no entra en la facultad.

Reflexionó sobre los posibles lugares donde se encontraría su "amada", pero no sacó nada de eso.

Suspiró de resignación. Pensó que no tenía suerte en la vida. La visita inesperada fue un fracaso total. De eso estaba seguro.

Pero entonces, ocurrió el milagro...

Carolina, que había entregado unos trabajos, estaba volviendo a casa. Encontró a Felipe sentado en la puerta de entrada, con el aspecto de un alma en pena. Así que no tuvo otra opción que acercarse a él y preguntarle quién era.

Felipe la miró y, por un momento, creyó encontrarse con Alicia en persona.

- Te he esperado todos estos años...

- ¿A qué te refieres?- le preguntó Carolina, desconcertada.

Felipe, entonces, se puso de rodillas y empezó a recitar lo que se había practicado toda la mañana para que le saliera perfecto.

- Sé que parecerá algo impropio, pero desde hace mucho tiempo te estoy observando. Nunca fui fanático de nada, excepto de dormir. Pero al ver tu bello arte expresado en palabras, me di cuenta de que tú eres la persona a quien he buscado y he deseado. Nada poseo, solo este corazón enamorado. Eres el amor de mi vida, la diosa de todas las diosas del arte y la creatividad. Por ti sería capaz de alcanzar la más lejana estrella, para entregarte en tus manos de bella reina. Te amo y te deseo, y desde hace mucho tiempo he soñado con este momento.

Y mientras Felipe esperaba ansioso una respuesta, Carolina no sabía bien qué decir. A pesar de la cursilería del muchacho, sus sentimientos le parecieron sinceros y dignos de admirar...

... aunque fueran dirigidas a una persona equivocada.

Felipe estaba caminando por la calle, cabizbajo y con una vergüenza que nunca creyó tener. Todavía no podía creer que se había comportado como un tonto, y más sabiendo que Alicia tenía una hermana gemela. Carolina trató de tranquilizarlo diciéndole que ya le pasó lo mismo varias veces, por eso se diferenciaba de su hermana teniendo el cabello largo.

Pero todo fue inútil.

Ya no tenía fuerzas para buscarla. Decidió ir por donde le guiaban los pies, sin fijarse tanto en donde iba. No le importaba a qué hora regresaría a su casa. Total, nunca la consideró su hogar.

Se imaginó a su mamá, preparándose para bailar en algún bar de locos

borrachos...

Se imaginó a su papá, fumando quien sabe qué y drogándose quien sabe en dónde...

Y poco a poco, estaban arrastrándolo a ese cruel destino...

Estuvo vagando por la ciudad sin saber adónde ir. Las horas pasaron y perdió la noción del tiempo.

Todavía recordaba a su hermana, con una falda que apenas le cubría las nalgas y siempre recostada en su cama, fumando o bebiendo hasta más no poder. Era la única que siempre le había agradado, porque solo ella se preocupaba por él y se daba cuenta de su propia existencia...

“Qué tiempos aquellos” Pensó Felipe, con nostalgia.

Luego de la muerte de su hermana, empezó a fijarse en las chicas mayores que él. Siempre le parecieron más inteligentes, más centradas y más sinceras. Y el enamorarse de Alicia le abrió la posibilidad de iniciar una nueva vida, de salir del camino al que se dirigía.

Sus pies lo llevaron, de manera inconciente, hasta el lugar en donde se suicidó su hermana. Era el puente, el mismo en donde Alicia vio morir a Sofía. No sabía bien el porqué llegó a ese lugar pero, por alguna razón, le volvieron en la mente aquellos recuerdos que no valían la pena recordar.

Su corazón latió aceleradamente. No sabía si fue producto del recuerdo, pero la vio. Era exactamente como la recordaba: piel pálida, maquillaje deshecho por las lágrimas, vestido corto y negro y una sola blasfemia en contra de Dios el creador. Después de eso, un suspiro largo, ojos cerrados y, sin pensarlo dos veces, lanzamiento hacia el peligroso río al que, por milagro, todavía no estaba rojo de sangre.

Luego de ese terrible recuerdo, lo vio. Era el mismo niño con quien Alicia tuvo una conversación después del suicidio de la chica. En esos momentos, estaba en el medio del puente, con una mirada tan rencorosa que más bien parecía un anciano decrepito que despreciaba a los demás.

Felipe, entonces, caminó por el puente y se acercó al niño.

Como no quería parecer sospechoso, solo se limitó a observar la fuerte corriente de las aguas que cubrían las rocas afiladas. El niño no dijo nada. Solo se limitó a observar el atardecer y de fijarse en la primera estrella que aparecía por la noche.

Ya cuando Felipe se disponía a salir de ahí, el niño le habló. Lo hizo con esa voz dura que traumó a Alicia por varias semanas.

- Aquí es donde el mundo se limpia de toda esa escoria llamada seres humanos. Es mi lugar favorito, porque veo cómo unos malditos cerdos tratan de cortar el círculo del destino acabando con sus vidas. Pero lo que no saben estos imbéciles es que otros más sufrirán su mismo destino.

Felipe se sintió ofendido con esas palabras. Y sin importarle que fuera un niño, le dijo:

- ¡No les llames cerdos! ¿Acaso eres tan cruel que no te apiadas de los muertos? Mi hermana no era imbecil. Solo se suicidó porque no quería más vivir con unos desvergonzados padres.

El niño no se inmutó por esas palabras. Más bien observó a Felipe como algo asqueroso y dijo:

- Eso no cambia nada. Tú eres el menos indicado para decirme esas cosas. Tu vida es un desastre y nunca logras tus objetivos. Es por eso que nunca encontrarás a la chica de tus sueños. Amor no correspondido. Ese será tu destino. Por más que intentes nunca escaparás de él, por más que intentes suicidarte.

Después de esas palabras, el niño le dio la espalda a Felipe y se fue, desapareciendo bajo las sombras de la noche.

El joven se sintió pésimo ante esas palabras. A pesar de todo, a pesar de la vida que llevaba, también tenía una persona a quien daría su vida para estar con ella.

Pero... ¿Esa persona daría su vida por él? Ya no estaba seguro de eso.

Capítulo 6

Capítulo IV. Información del niño extraño

¿Has visto a un niño que actúe de esa manera?

La verdad, es muy extraño...

Semanas después del suicidio de la chica y del encuentro con ese extraño niño, Alicia fue a una heladería con Irene luego de la facultad. Irene, al contrario de Alicia, no le gustaba la lectura y no estudiaba en ninguna facultad. Solo trabajaba en una tienda de ropas atendiendo al cliente.

En la heladería, Irene se dio cuenta de que Alicia estaba muy triste y decaída, por lo que le preguntó por su estado de ánimo.

- Estoy bien. No me pasa nada- le dijo Alicia.
- Cuando me saludaste, lo hiciste con una sonrisa forzada- le dijo Irene- soy tu amiga, puedes confiar en mí. Sabes que puedo recurrir a mi gran sabiduría acumulada por todos estos años de ver animes[1] y leer mangas[2]...
- Creí que no te gustaba leer.
- Si son mangas, siempre haré una excepción. Y no cambies de tema. Cuéntame de tu estado de ánimo.

Alicia dudó por un momento. Pero luego, le contó lo de aquel día, del suicidio, de las palabras del niño y de lo mal que se sintió después. Tampoco ocultó el hecho de que no pudo hacer nada y de que se sentía una completa inútil.

Irene se quedó callada. Siempre le decían que no escuchaba a los demás pero, cuando se trataba de los amigos, hacía un esfuerzo para prestarles atención y apoyarlos en sus problemas.

Cuando Alicia terminó el relato, su amiga le preguntó:

- ¿Sabes quién es ese niño?
- No sé. ¿Por qué me preguntas?- dijo Alicia, desconcertada.
- Porque si más no recuerdo, en ese puente ocurren el mayor número de suicidios de la ciudad. Los pocos que vieron a alguien matarse de esa manera, también vieron a un niño observando la escena. Según los rumores, es un niño de mirada fría y con el temperamento de un adulto de edad. Cuando lo escuché por primera vez, me dio un poco de miedo. Pero como nadie habló con el niño ni nadie sabe quién es, por un tiempo le resté importancia... hasta hace poco.

Alicia se mostró ansiosa por saber más acerca del niño. Y de tan entusiasmada y aterrada que estuvo, le preguntó cuál sería su nombre.

- No tengo ni idea, pero los rumores dicen que se llama Drist- dijo Irene, que estaba muy contenta y a la vez muy temerosa de narrar aquella anécdota- según mis amigos otakus[3], apareció en varios MACK[4] disfrazado de algún señor oscuro o de Darth Vader[5]. Hay una creencia de que el niño es un alma maligna, que el que se acerca a él termina maldito. No sé si se trata del mismo que viste aquella vez, pero... ¿Has visto a algún niño que actúe de esa manera? La verdad, es muy extraño...

Alicia reflexionó por un momento. Le habían dicho que los niños, últimamente ya no parecían niños: eran más vivos, no se sorprendían por nada, cosas así. Aún así, nunca vio uno que repudiara a los humanos y se asqueara a sí mismo por ser uno. Por un instante, llegó a la conclusión de que solo había actuado de algún tonto personaje de dibujitos, videojuegos o películas...

... hasta que la voz de un muchacho le hizo entender que estaba equivocada.

- Yo también lo vi. Era de cabellos negros y ojos grises. ¿Verdad?

Las dos mujeres se dieron la vuelta y se encontraron con Felipe que, por casualidad, estaba al lado de ellas.

No sabía el porqué había intervenido en la conversación, pero algo le decía que sacaría algo bueno uniéndose a esas dos chicas. Pero al ver a Alicia, se sonrojó un poco y pidió disculpas por la intromisión.

- No te preocupes- le dijo Irene- cuéntanos de tu experiencia.

Felipe se acercó un poco más y, dejando de lado el vergonzoso encuentro que tuvo con Carolina semanas antes, empezó a comentar sobre cómo fue el encuentro con ese niño. También comentó un poco sobre el suicidio de su hermana y lo que el niño dijo acerca de los que morían en el puente.

Irene guardó silencio por mucho tiempo luego de la conversación de Felipe. Luego de reflexionar, dijo:

- Debemos averiguar todo sobre ese niño y el porqué le gusta tanto ver suicidios en ese puente.

Alicia y Felipe la miraron como si estuviese loca.

- Esto podría ser una nueva aventura para nuestras vidas- insistió Irene- ¿Qué tal si el niño es un fantasma? ¿O un alien? ¿O un demonio? O tal vez... ¡Un androide programado para odiar humanos! Debemos espialo y

saber todo sobre él. Solo así dejaremos de inquietarnos acerca de su existencia y vivir en paz con nuestros corazones. Solo con amor podemos lograrlo. Si nos olvidamos de esto, viviremos de por vida en las penurias de la ignorancia. Y quieran o no, cruzaré ese puente y me encontraré con ese niño, aún a costa de mi vida.

Alicia y Felipe seguían mirándola como si estuviese loca.

- Ya tenemos un poco de información acerca de ese niño: se cree que se llama Drist, odia a los humanos, se piensa que vive al otro lado del río y le gusta ir a las fiestas de disfraces.

"Cuando lo vi, no parecía que fuese de ese tipo" pensó Alicia.

- ¿Por qué odia a los humanos? ¿Por qué maldice a todos? ¡Eso será algo que debemos investigar ahora mismo!

Felipe opinó que Irene se fumó marihuana.

Alicia opinó que estaba inspirándose en algunas de esas series que había visto últimamente.

Irene, luego de salir de su ensimismamiento, observó a Felipe y le dijo:

- ¿Te gusta el anime?

- No me interesa- dijo Felipe, sorprendido por la pregunta- más bien me gusta... leer...

- ¡Qué bueno!- le dijo Alicia- no muchos les gusta leer. Creo que nos vamos a llevar bien. ¿Cómo te llamas?

- M... me llamo Felipe- contestó el muchacho, un poco avergonzado por haber mentido. En realidad, solo le gustaba leer el libro de Alicia.

- Bueno, Felipe. Tal vez no lo sepas, pero soy escritora y tengo un libro publicado. Si quieres te lo presto.

- Será un placer.

Irene fue la única que se dio cuenta de que Felipe sentía algo por Alicia. Pero decidió pasarlo de largo y proseguir con su plan.

- ¿Qué les parece? ¿El sábado a la tardecita?- dijo Irene.

A pesar de que no les gustaba la idea de espiar al niño, aceptaron. En el fondo, estaban tan intrigados como Irene acerca de su conducta.

Pero lo que no sabían era que, por esa simple curiosidad, se meterían con algo que nunca creyeron vivirla en esta vida de normas y tediosos ritos que sí o sí hay que seguir, como pensaba Felipe acerca de la vida en

general.

[1] : Fuera de Japón es el término que agrupa los dibujos animados de procedencia japonesa y hasta cierto grado los elementos relacionados. En Japón se toma al término para referirse a la animación en general.

[2] Es la palabra japonesa para designar a la historieta. Se traduce, literalmente, como "dibujos caprichosos" o "garabatos"; fuera del Japón, se la utiliza exclusivamente para referirse a la historieta japonesa.

[3] En Japón se hace referencia a todo fanático que dedica demasiado tiempo, demasiado dinero o pone demasiado interés en sus pasatiempos. Fuera de Japón es conocido como una persona con gusto marcado por anime, manga; aunque puede ser cualquier otra afición que éste tenga (no precisamente los dos mencionados antes)

[4] Hace referencia a los festivales de manga, anime, cosplay y karaoke en donde se muestra un poco de lo que tiene la cultura japonesa.

[5] Famoso villano de las películas de La guerra de las galaxias

Capítulo 7

Capítulo V. Un poco de casualidad.

Por cuestiones del destino,

Los dos grupos que se formaron

Para llegar al puente

Se encontraron a la misma hora

La ciudad estaba dividida por el caudaloso río, que sería fácil de cruzar a nado si no fuese por la corriente. Al lado norte de la ciudad estaba el centro, o sea todo lo que pertenecía a la ciudad de antes. Era una mezcla del pasado con el futuro, en donde estaba los colegios nacionales, el mercado principal y las facultades nacionales. Al lado sur, al otro lado del río, solo había casas y ranchos de personas de no mucho dinero, en donde lo único atractivo que tenían era una plaza con una escultura de dos delfines entrecruzados. Lo malo era que nadie podía ir allí porque, frecuentemente, estaba llena de drogadictos y borrachos.

En el centro este de la ciudad, estaba Carolina en una cabina telefónica. Como el teléfono de su casa de descompuso, no tuvo otra opción que ir a la cabina más cercana para hablar con una amiga. Bien podría tener un celular, solo que siempre le había parecido como una pequeña cadena que ata a uno a la adicción y genera más violencia de la que ya hay. Por eso siempre prefería hablar por teléfono de línea baja.

La amiga de Carolina vivía al otro lado del río, pero no en la zona peligrosa. Se acordaron en encontrarse en el puente, en donde murió Sofía. Pensaban hacerla un homenaje y rogarle a Dios para que la perdonase por la decisión que tomó.

En el centro oeste, estaba Irene comprando unos videojuegos. Estaba tan ensimismada por una de sus adicciones, cuando sonó su celular. Era Alicia, que en esos momentos estaba en la facultad prestando libros, en el lado noroeste del centro de la ciudad.

Por suerte, solo era un mensaje. Alicia le preguntó a su amiga si seguía con el plan. Irene le respondió afirmativamente y siguió con su compra.

En el norte mismo del centro de la ciudad, estaba Felipe en su casa, viendo el libro de Alicia. Estaba hojeando las páginas del libro, pensando en la suerte que tenía al encontrarse por fin con Alicia y no con su

gemela.

A pesar de que no le confesó el secreto, se alegró de que por fin harían algo juntos. Si se encontraba con aquel niño, no sería blando con él y le exigiría que se disculpase ante él y las chicas. Pero por supuesto, lo haría cuando ellas no estuviesen, para no darle mala imagen a Alicia.

Ya faltaba pocas horas para el atardecer. Alicia, que solo había ido a la facultad para prestar libros, tomó el colectivo que la llevaría cerca del puente. Irene, al ver que se le acabó el dinero con la compra de videojuegos, tuvo que volver a su casa para sacar un poco de su ahorro plata para el pasaje. Sus padres ya no le daban nada desde que se fue a trabajar.

Felipe, en cambio, aprovechó que sus padres se quedaron dormidos para sacarles un poco de dinero. Total, nunca se enteraban de lo que les faltaba. Parecía que hasta se olvidaron que tenían un hijo con vida.

Carolina fue en taxi. No soportaba el ruido de los colectivos y le daba terror de que se descompusiera a mitad del camino. Había comprado un ramo de flores para la difunta Sofía, porque quería rendirla homenaje a pesar de haberse suicidado. Su amiga, en cambio, haría una especie de exorcismo al estilo de los curas católicos para poder salvar su alma. Le gustaba ese tipo de cosas y, en sus ratos libres, practicaba exorcismos en lugares supuestamente embrujados.

Las horas pasaron. Llegó el momento de que cada uno hiciese su cometido. Por cuestiones del destino, los dos grupos que se formaron para llegar al puente se encontraron a la misma hora.

Carolina bajó del taxi y vio a su amiga, con un maletín y un manual de exorcistas. Cuando se saludaron, vieron que venía Alicia de un lado, Felipe del otro e Irene apareciendo por detrás de unos árboles.

No había nadie aparte de ellos. De los colectivos que pasaron solo bajaron Alicia, Irene y Felipe. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, la zona del puente se volvió en un lugar desierto y solitario.

Pero eso no era lo que le importaba a los jóvenes.

- ¿Qué haces en este lugar?- le preguntó Carolina a Alicia.
- Eso mismo te iba a preguntar- le dijo Alicia, mientras veía el ramo de flores que llevaba su hermana.

Felipe e Irene estuvieron a punto de hablar, cuando la amiga de Carolina se interpuso en la conversación y dijo:

- Solo hemos venido para salvar un alma en pena. Haré un exorcismo. Pero por favor, no intervengan. Pueden quedarse a mirar si quieren, con tal de que no molesten.

Alicia todavía no entendía el porqué los amigos de Carolina tenían gustos raros.

- ¡Un exorcismo! ¡Quiero verlo!- dijo Irene que, por un momento, olvidó la idea que tenía de espiarle al niño.

Felipe trató de aparentar indiferencia y de pasar inadvertido, pero no pudo: Carolina casi lo reconoció.

- ¿No eras tú el chico que sentía algo por Alicia?

- N... no. Te confundes con otro- dijo Felipe, que evitó sonrojarse, pero sin éxitos.

- Perdóname- dijo Carolina, sin darse cuenta del sonrojo de Felipe- ahora que lo veo, el chico del que te hablo era más... limpio... ¡Perdóname si te ofendí!

En efecto, en esos momentos Felipe tenía los cabellos despeinados y los vaqueros rotos. Lo único que estaba pasable era su remera negra, con la leyenda de METALLICA al frente.

Alicia, entonces, descubrió que Felipe, desde hacia mucho, la había estado espiando. Pero decidió no decirlo en voz alta y hablar luego con él a solas.

Llegaron a la mitad del puente. Solo estaban ellos cinco. Nadie más. Si alguien quisiese pasar en esos momentos, tendría que desbloquear a la pequeña multitud que se formó en el medio del puente, porque el mismo era muy angosto.

Ya cuando la joven practicaría el exorcismo, se dio cuenta de que no había nadie más que ellos.

Y se lo hizo saber a los demás.

El sol estaba a punto de ocultarse. Ya se podía vislumbrar unas cuantas estrellas. Alicia, al mirar el cielo, dijo:

- Qué casualidad que nos hayamos encontrado todos. Algo raro está pasando aquí. Estoy segura.

Aunque nadie lo admitió, los jóvenes se dieron cuenta de que la joven escritora tenía razón.

Capítulo 8

Capítulo VI. La verdad del sufrimiento

Desierto sin final.

Parecía que en ese punto

Se había acabado el mundo...

El viento aumentó de intensidad. El agua empezó a correr más fuerte que nunca. Lo único que se podía escuchar era el sonido del agua y del viento.

Ya era de noche, cuando por fin se dieron cuenta de que estaban completamente solos...

Carolina soltó las flores que tenía, se tocó la garganta y, por algún extraño motivo, empezó a ahorcarse. Alicia e Irene empezaron a pelear entre ellas, como si se odiaran a muerte. Se estiraron de los cabellos y se arañaron la cara. Felipe se acercó por la barandilla del puente y, sin pensarlo dos veces y sin saber el porqué, se dio tremendos golpes en la cabeza.

La practicante de exorcismo trató de no dejarse llevar por el pánico. Sacó de su maletín agua bendita y esparció unas cuantas gotas a los jóvenes, sin dejar de pronunciar oraciones en latín.

Volvieron a la normalidad. Felipe no entendía el porqué tenía una herida en la frente. Irene y Alicia no sabían qué hacían ahorcándose la una a la otra. Carolina se soltó la garganta y empezó a tragar aire con dificultad. Cuando recuperó el aliento, dijo:

- ¿Qué nos ha pasado?
- Lo que sospechaba: este lugar está maldito- dijo su amiga- ya muchas personas se han suicidado en este único lugar... será por eso que no viene mucha gente a estas horas.
- Eso es lo extraño- dijo Alicia- usualmente, este lugar está lleno de gente.
- Según lo que leí en un diario, ya nadie quiere pasar por aquí- dijo Carolina- hasta hace poco, aquí pasaba mucha gente hasta que se construyó otro puente al este de la ciudad.
- Este puente no es para vehículos- dijo Irene- por eso construyeron el otro puente... aunque no muchos quieren ir al otro lado del río.
- Pues precisamente yo vengo de ahí- dijo la practicante de exorcismo- y

no creo que los que viven en el centro de la ciudad quieran ver cómo es.

Después de esas palabras, observó el lugar en donde el sol se ocultó. Suspiró resignada y dijo:

- Carolina, creo que lo haremos otro día. Ya pasó el anochecer.
- O... okay- dijo Carolina.

Después de eso, la exorcista les dio la espalda y se ocultó tras las casas del otro lado del puente.

- Tendremos que volver a casa- dijo Alicia.
- Seguiremos con el plan mañana- dijo Irene.
- Con tal de no sufrir esta experiencia de nuevo, está bien- dijo Felipe.
- Cuando terminemos el homenaje, nunca más pisaré este puente- murmuró Carolina.

Los cuatro jóvenes fueron cada uno a sus casas. Carolina y Alicia fueron en taxi, mientras que Irene y Felipe tomaron colectivos diferentes que pasaban a una calle antes del puente.

Pero el problema todavía no terminó. Recién estaba comenzando...

Grito desesperado. Lágrimas amargas cayendo desde lo más alto del cielo e inundando las esperanzas. Desierto sin final. Parecía que en ese punto se había acabado el mundo...

Algo cayó del cielo. Era una cápsula plateada, del tamaño de un rancho. La misma se partió por la mitad. De ahí salieron gritos desesperados, de personas que todavía no acabaron con sus sufrimientos y desesperaciones. Y de entre aquellos gritos desafortunados, se vislumbró a alguien. Ese ser era...

Alicia no sabía cómo continuar con su escrito, que estaba basado en lo que acababa de soñar. Fue un sueño extraño y muy real. Durante el transcurso del mismo, tuvo mucho miedo.

Decidió dejar por un momento la escritura y fue a tomar café con pan. No era de mucho comer, lo cual era una constante preocupación para sus padres, que querían que se alimentara para no desfallecer en la mitad de las clases.

Sus padres ya salieron a trabajar. Solo estaba Carolina, que parecía no haber dormido bien. Al ver a su hermana, le dijo:

- Tuve una pesadilla. ¿Y tú?

Entonces, las dos se contaron sus pesadillas, descubriendo así que soñaron lo mismo.

Minutos después y sin planear nada, las dos se vistieron y fueron caminando hasta el puente. Dejaron un recado en la heladería, diciendo que irían a la casa de una ex compañera del colegio.

Durante el camino, Alicia dijo:

- ¡Es domingo! No entiendo cómo nuestros padres igual trabajan.
- Dicen que son trabajos extras- dijo Carolina- ya sabes: deben promocionar los productos de su empresa.

Después de eso, no dijeron ninguna palabra más.

Por el mediodía, llegaron al puente. Había muy pocas personas que pasaban cerca del lugar. Ninguna se atrevió a pasar por el puente.

Irene y Felipe también fueron a ese sitio. Otra vez coincidieron, pero no se sorprendieron en verse.

- Tuve una pesadilla- dijo Irene.
- Yo también- dijo Felipe.

Y los dos narraron lo que soñaron. Era lo mismo que los sueños de las gemelas.

- Algo pasa en este lugar. Puedo sentirlo- dijo Irene.

- ¿Qué podemos hacer al respecto?- preguntó Felipe.

- Descubrir el misterio- dijo Alicia.

- Algo de este lugar nos ha afectado gravemente- dijo Carolina.

Sin pensarlo dos veces, los cuatro jóvenes cruzaron el puente...

... y al llegar en el medio del mismo, se encontraron con el niño extraño.

- ¿Por qué regresaron, escorias?- les dijo el niño.
- Pero... ¿Quién es ese niño?- dijo Carolina, sin entender.

Hubo un largo silencio que, de repente, fue interrumpido por Irene.

- ¡Lo sabía! ¡Tú eras el "Darth Vader" de aquel cosplay! Eras el único que no parecía disfrutar de la fiesta...

- Odio las fiestas- dijo el niño, con una mirada de odio inmenso hacia la joven- Solo asisto a ellas para ver cómo los horribles humanos gozan de la vida mientras otros sufren y mueren. Solo voy para darme cuenta de que nunca cambiarán, de que seguirán con el mismo destino de siempre.

Felipe no pudo aguantar más. Y sin importarle qué impresión le causaría a Alicia y a las chicas, dijo:

- ¡Cállate de una vez, pendejo de mierda! ¿Crees que vamos a estar todo el tiempo pendientes del sufrimiento? ¡Nosotros también sufrimos! Y no por eso decimos que los humanos son imbéciles.

El niño lo observó con esa mirada fría y penetrante que asustó al muchacho. Esa misma mirada fue dirigida a las tres chicas, para luego observar hacia donde el sol se situaba por el atardecer.

- ¿Creen que saben lo que es el sufrimiento? La vida que les toca no es nada comparado con los que se arrojaron a este puente. Ellos sí están condenados a sufrir eternamente, porque recordarán una y otra vez todo lo que sufrieron en la vida. Es lo que se merecen por ser tan estúpidos al creer que con el suicidio terminarán con sus penas. Y así será por siempre y para siempre, mientras siga andando el mundo y mientras giren todos en la gran ronda del destino y la desesperación. Si solo pudieran entender su significado, sabrán la verdad del sufrimiento extremo.

Alicia se acercó al niño y, mirándole a los ojos, le preguntó:

- y tú... ¿tienes idea del sufrimiento de los demás?

Solo el silencio respondió a esa pregunta.

Y con ese silencio, escucharon a una mujer cantar una especie de Guaranda triste, que parecía responder a la pregunta que Alicia le hizo al niño.

Dónde estás ahora, kuñatai[1]

Sin tus ropas limpias y morotî

Sin tu voz preciosa de dulce reina

Soy infeliz.

Ñandejara, qué triste vida

*De karai vosa hijo soy,
Barrio de las mil penurias.
Nde kuña, arandu ha porâ.
Ven conmigo a mis brazos
Nde sufrimiento mío también.
Rembiu mbeju rico
Que mi tata preparó para los dos.
Lágrimas derrama el sol
Ivai la porte, es así.
El mundo va de mal en peor
Con el tendotá empeoró.
Mbarakaja quisiera ser
Para que en mis brazos
Me puedas tener.
Dónde estás ahora, kuñatai,
Kuarahy ha jasy lloran por ti.*

El niño, al escuchar cantar a la mujer, empezó a temblar. Parecía muy inseguro y, por primera vez, bajó la mirada y no miró a los cuatro jóvenes que lo contemplaban.

Empezó a murmurar, aunque todos pudieron escucharlo.

- Desde que nací, tuve que soportar los golpes del bandido a quien me veo obligado a llamar padre... y a soportar la burla de mis hermanos. Mi madre es una retardada que ni recuerda cómo tiene que hacer sus necesidades. No se cómo algunos tienen una vida privilegiada sin siquiera haberlo merecido. Los fantasmas me persiguen y abusan de mi soledad de ser humano. Pero de algo estoy seguro: yo debí haber nacido en otro

mundo. No en este.

Lágrimas de mbarakaja

Reclaman tu presencia.

Ni Pombero se acerca a ti

Porque che cuate tuichaiterei.

Y si algo te hace a ti

Me enojo ha omano.

Junto al lago de Ypacarai

Tu presencia sigue ahí.

Yvoty porâ ha tuicha

En tus manos te lo doy.

Mil penas y angustias

Siento en mi pequeño corazón.

Corazón de indio y guerrero

De triste destino de dolor.

Tuicha la ronda es la vida

Que sin ti voy a pasar.

Kuñatai de mil amores

Quisiera que en mis brazos

Volvieras otra vez.

La mujer que cantaba se acercaba cada vez más al grupo. Estaba caminando por el puente. Los jóvenes y el niño la vieron. Era una indígena de rostro triste pero amable. Tenía en una bolsa todos los pequeños

objetos que venderían quien sabe en dónde y quien sabe hasta cuando.

No sabían si fue solo una ilusión óptica o si lo vieron de verdad. Pero la indígena tenía a su alrededor pequeños seres que volaban con la brisa, casi parecidos a niños de tres o cuatro años. Esa visión solo les duró unos pocos segundos. En un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron.

Lo que sí sabían era que, en el momento en que ella pasó cerca de donde estaban, pudieron sentir el llanto de su alma, que debería soportar hasta el día en que abandone el mundo muchas injusticias y humillaciones por el solo hecho de ser lo que es. Era algo que no podrían describirlo, por más páginas que llenaran de sus cuadernos o por más palabras que traten de buscar en un diccionario.

Cuando la indígena se ocultó tras los edificios, el niño les dio la espalda a los jóvenes y empezó a correr hacia el otro lado del puente. Ellos lo siguieron.

[1] Esta frase y varias más fue extraída de la Guaranía "Recuerdos de Ypacarai", la canción paraguaya más famosa del mundo.

Capítulo 9

Capítulo VII. Un chico especial

Era algo que le hacía bien,

Mucho más que su odio hacia los

Humanos o su odio hacia sí mismo...

Calles estrechas. Basura arrojada por las alcantarillas. Baches parecidos a pozos. Lo único que se veía en ese sitio, que se encontraba al otro lado del río, era pobreza y una ciudad descuidada. Era el lugar en donde se ocultaba todo lo malo de la ciudad, aquello que el gobierno no quería mostrar a los extranjeros.

Los jóvenes, siguiendo al niño, caminaron por esos lugares que nunca vieron y que se encontraba en la misma ciudad en donde nacieron y crecieron. No sabían qué hacían ahí y el porqué seguían al niño, como si fuese la clave para resolver un dificultoso misterio de vida o muerte.

- ¿Por qué me siguen?- les preguntó el niño, sin siquiera girarse para dirigirles la mirada.
- ¿Cómo te llamas?- le preguntó Alicia.
- Eso no te importa- le dijo el niño, apresurando su andar.
- ¡Claro que me importa! Por eso te pregunto- dijo Alicia, que estaba irritada de que un niño no la respetase.

El niño tardó en contestar. Alicia no insistió, solo esperó. Hasta que, en un momento dado, el niño murmuró el nombre con que Irene dio referencia días atrás: Drist.

- ¿O sea que así te llamas? ¡He acertado!- dijo Irene, muy contenta.
- Es un nombre extraño- dijo Felipe.
- Y muy corto- opinó Carolina.
- ¿Tienen algún problema con eso?- les preguntó Drist, que estaba cansado de que no le dejaran en paz.
- Eres tú el problema- le dijo Irene- de seguro estás imitando a algún villano de alguna serie. ¿Por qué lo haces? Está bien si lo haces en las fiestas, pero que lo hagas cada rato...
- Yo no imito a nadie- la interrumpió- yo soy el que soy.

“Yo soy el que soy” [1]pensó Alicia, mientras esa frase trató de llevarla a un pasado que había olvidado por completo...

... y que tiempo después lo recordaría más claramente.

El niño se detuvo por la mitad de un cruce de calles. Los jóvenes lo rodearon, formando un círculo a su alrededor. Drist siguió con la mirada baja, mientras su respiración se dificultaba cada vez más.

- Ellos están cerca- fue lo único que le alcanzó decir.

El aire se volvió pesado, como si la presión ambiental aumentara. Los jóvenes también empezaron a respirar con dificultad y, en un momento dado, creyeron que tenían visiones...

... aunque en realidad fueron sus ojos los que se volvieron más agudos y potentes.

Los que rodearon a Drist eran los mismos seres que estaban alrededor de aquella indígena que cantaba. Estos, más bien, solo daban vueltas y vueltas alrededor del niño, como si jugaran a la ronda. A pesar de que parecían criaturas de tres o cuatro años, tenían los rostros llenos de arrugas y la boca sin dientes. Eran tan amarillentos y fosforescentes, que podían ser vistos en la oscuridad. Y no eran los únicos que giraban alrededor de Drist...

Seres similares a esos también aparecieron alrededor de los cuatro jóvenes. Se reían como viejos y giraban alrededor de cada uno de ellos. Carolina pegó un grito al verlos, mientras les decía que se alejaran. Alicia e Irene se quedaron quietas de la sorpresa, sin saber qué hacer. Felipe trató de empujar a unos cuantos que parecían bloquearles el paso, pero era imposible: se desmaterializaban con facilidad al roce de sus manos.

Muy pronto se cansaron y se sentaron en el suelo. El niño hizo lo mismo. Y mientras esos seres empezaron a desaparecer poco a poco, ya no tuvieron más dificultades para respirar y la presión ambiental disminuyó.

Cuando esos seres desaparecieron por completo, Drist tomó aliento y dijo:

- "Quien quiera que se acerque al niño, que rece para que no le maldiga"
¿Les suena?

Felipe lo observó y le dijo:

- Con la forma en que actúas, das a entender que eres malvado.
- No... ¡Son los humanos los malvados!- gritó el niño, a viva voz y dando a entender que nunca cambiaría de parecer.
- No todos son así- le dijo Irene- no generalices.
- Es fácil culpar a otros de las cosas- dijo Carolina- pero... ¿Cuando uno

mismo tiene la culpa? Eso es lo que más cuesta reconocer.

Mas no pudieron hablar por mucho tiempo, porque un auto se estaba acercando a donde estaban. Se levantaron y, mientras iban por la vereda, vieron que el niño no se movió de su lugar.

- ¿Qué haces? ¡Sal de ahí!- le gritaron.

Pero el niño les ignoró. Parecía que ahí mismo quería acabar con su vida...

... sabiendo lo estúpido que era suicidarse para cortar el círculo del destino.

Alicia, al ver que el niño no salía, se acercó a él y, rápidamente, lo levantó como pudo y esquivaron al coche. Lograron salvarse por poco. Un segundo más y serían historia.

Felipe se quedó sorprendido por Alicia. Carolina corrió tras su hermana para ver si no se lastimó. Irene saltó y aplaudió, felicitando a Alicia por un acto heroico y asombroso.

Alicia soltó a Drist, un poco enojada pero a la vez aliviada de que estuviese bien.

- ¿Por qué me salvaste?- le preguntó Drist, un poco sorprendido- ¿Después de todo lo que dije?

- ¡Idiota! ¿Es que no te das cuenta?- le dijo Alicia, cuyo enojo aumentaba- ya no quiero ver morir a nadie más. Fue suficiente con ver el suicido de aquella chica. ¿No era que no solucionaríamos nada con morir? Tú, que criticabas a los que se suicidaron, también has tomado esa decisión. ¿qué demonios pasa contigo?

Era la primera vez que Irene veía enojada a Alicia. Se transformaba completamente en otra, como suele pasar con las transformaciones de los superhéroes. Carolina no se sorprendió. Era la segunda vez que veía a Alicia de esa forma.

Drist se levantó. Lentamente, y con un poco de miedo, levantó el rostro y observó a Alicia, que en esos momentos estaba calmándose poco a poco.

Y ante la sorpresa de todos, el niño se puso a llorar.

Alicia, tratando de remediar la conducta que tuvo segundos antes, vaciló un poco antes de hablar. Cuando habló, lo hizo con voz serena.

- Solo quiero que sepas que no estás solo en este mundo. Algún día sabrás el porqué naciste, pero no ahora. Todos hemos venido para algo,

de eso estoy segura.

Y sin decir ninguna palabra más, fue derecho al puente en compañía de su amiga, su hermana y el muchacho que secretamente la quería.

Drist se quedó en el mismo lugar por mucho tiempo, reflexionando sobre cada palabra que dijeron aquellos jóvenes. Volvió a recordar cómo Alicia lo salvó de ser aplastado por un coche y, por primera vez, sintió algo que nunca creyó experimentar. Era algo que le hacía bien, mucho más que su odio hacia los humanos o su odio hacia sí mismo.

Más tarde, su enferma madre, a quien cuidaba y odiaba, le revelaría aquella extraña sensación que sentía: se llamaba "Felicidad"

[1] Frase que le dijo Dios a Moisés cuando éste le preguntó su nombre, en la época en que los israelíes estaban en Egipto.

Capítulo 10

Capítulo VIII. La tristeza de un fantasma

Siempre había creído

Que era la niña más privilegiada

De todas. Pero aún así no se

Contentaba con nada.

Siempre pedía más.

- ¿Cómo es que no puedes ir?
- Tengo que trabajar. Ya casi se me acaba el dinero.
- ¡Qué pena! Bueno, nos vemos luego.
- Hasta pronto...

Irene estaba en su habitación, recostada en la cama y rodeada de sus cosas que estaban desparramadas por todas partes. Siempre decía que iba a poner un poco de orden pero, al final, nunca tenía ganas.

Observó su celular. Mandó mensajes a sus amigos diciéndoles que no iría a una proyección de animes. Tenía tantas ganas de ir, pero también quería cobrar por el trabajo extra. Estaba ahorrando para comprar un bajo[1] y buscar personas que quisiesen formar con ella una banda de rock. Si bien prefería cantar, ya sabía ejecutar el bajo, por lo que llegó a la conclusión de que con eso haría un buen comienzo en su sueño.

Volvió a sonar su celular. No era ninguno de sus amigos otakus. Era Alicia, que la estaba llamando. La reconoció por el tono de celular que puso para ella.

- ¿Hola?- preguntó Irene, con una voz que no era la suya.
- ¡Irene! ¿Qué te pasa? parece que se te murió alguien...- le dijo Alicia, con una voz de alarma y sorpresa.
- No es nada. Tengo que ir a trabajar...
- ¿El sábado por la tarde?
- Y sí. Necesito el dinero.
- Quería invitarte a un asado con los ex compañeros del colegio. - ¿A qué no sabes que Norita se casó?
- ¿En serio? Y pensar que todos creían que nunca tendría novio por ser fea y pobre. Realmente me ha sorprendido. ¡Lastima que no pueda ir!
- Bueno, te contaré los detalles después. ¡Suerte!

- Hasta luego.

Irene suspiró. Se quedó unos minutos más mirando el techo, con la mente en blanco. Necesitaba que le repararan el aire acondicionado. El ventilador apenas daba abasto para refrescarla, aparte de que hacía mucho ruido.

Con las pocas fuerzas que tenía, se levantó de su cama y decidió dividir sus ahorros en dos: una parte sería para comprar el bajo y la otra parte para reparar el aire.

Su compra de videojuegos se suspendería por un tiempo.

- ¿Será que podemos ir juntas a mi casa esta noche?

- Tengo otros planes. Lo siento.

- Por el camino que voy, escucho ruidos extraños... como los llantos de una criatura. Creo que es un fantasma...

- No creo en fantasmas. Pero un rumor dice que ahí violaron y mataron a una niña de ocho años, cuyo espíritu ronda por ese lugar en busca de algún consuelo para su alma.

- Yo sí creo que ahí pasa algo. Me parece que tomaré otro camino para llegar a casa...

Irene, en su puesto de trabajo, estaba escuchando la conversación de dos clientas que hablaban de un fantasma. Se preguntaba en dónde sería ese lugar y, al mismo tiempo, lamentaba tener que perderse de una reunión con sus amigos.

Cuando las dos clientas se fueron, entró en la tienda una niña. Su piel era blanca y tenía los cabellos encrespados y pelirrojos. Catalina decidió atenderla.

- ¿Puedo ayudarte en algo?

La niña la observó. Era asombrosamente bella para su edad. Eso le sorprendió tanto a Irene que se quedó sin hablar por unos largos segundos...

... que fueron interrumpidos por las voces de otros clientes que venían a la tienda.

- ¡No me voy a tragar ese cuento!

- Pero fue así. Estaba pasando por el lugar en donde se referían los rumores y la vi. Era una niña de piel blanca y pelirroja, asombrosamente bella...

Pero el cliente se interrumpió al ver a la niña que estaba siendo atendida por Irene. La pequeña observó a los dos clientes, con ojos escrutadores. Irene, que no se había dado cuenta de nada, dijo:

- ¡Bienvenidos! ¿Se les ofrece algo?

Pero los clientes la ignoraron.

La niña se acercó lentamente a ellos, sin dejar de mirarlos. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para tocarlos, dijo:

- Para que sepan, los muertos no se quedan en un mismo lugar "eternamente". Eso es pura leyenda urbana de fantasmas.

Y en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Luego del trabajo, Irene fue a comprar un sándwich y un jugo para su cena. Todavía recordaba lo que pasó en la tienda, después de que la niña pelirroja desapareciera. Los dos clientes gritaron y salieron del lugar, haciéndole venir a la jefa del local. Como Irene sabía que la jefa no le creería, inventó lo primero que se le vino en la cabeza: Los clientes vieron un ratón.

- ¿Un ratón? ¿Segura?- le preguntó la jefa.

- Sí- dijo Irene, afirmando con la cabeza- yo también lo vi, pero no me asustan los ratones.

- Bueno, cerraré ahora mismo el local y pondré ratoneras. Toma, aquí tienes tu pago. Puedes volver a casa.

Y eso fue todo.

Mientras iba caminando y comiendo al mismo tiempo, observó el cielo. Acababa de comenzar la noche, por lo que todavía tenía tiempo de, por lo menos, ver la última parte de la transmisión de animes. El asado de ex compañeros ya habría pasado y Alicia, de seguro, estaría en su casa.

Cuando pasó cerca de un callejón, se encontró con la niña pelirroja. La niña le estaba sonriendo, como si fuera que hizo algo bueno. Irene, entonces, le preguntó:

- ¿Eres aquel fantasma de los rumores?

La niña afirmó con la cabeza. Luego flotó por los aires y atravesó una pared. Reapareció saliendo por el piso.

- No hacía falta que lo demostrases. En la tienda ya lo hiciste- le dijo Irene- de todas formas, te agradezco lo que hiciste. Gracias a ti, puedo irme con mis amigos.
- ¿Puedo ir contigo?- le preguntó la niña- seré invisible. Ni siquiera notarás mi presencia.
- Está bien.

Y las dos fueron juntas a la proyección de animes.

Horas después, cuando Irene estaba regresando a su casa, la niña fantasma le contó su historia. Así la joven se enteró de que la niña, en vida, se llamaba Rosa, cuyos padres siempre la consentían y nunca le faltó nada. Siempre había creído que era la niña más privilegiada de todas, pero aún así no se contentaba con nada. Siempre pedía más.

Hasta que un día, a tres meses de haber cumplido ocho años, sus padres no pudieron traerle la muñeca que tanto quería, por lo que se enojó con ellos diciendo las palabras más crueles que conocía de su corto vocabulario y escapó de la casa.

- Cuando eso, todavía no se construyó el puente más grande, en donde todos pasan ahora. Solo había uno y, cuando vivía, pasaban muchas personas por las tardecitas. Pero yo lo crucé por la noche, cuando ya no pasaba nadie más. Al otro lado del puente, un hombre feo y viejo me atrapó, me tapó la boca y los ojos y me llevó en no se dónde. En la oscuridad, me hizo algo horrible; fue un dolor inimaginable. No te imaginas cuanto sufrí en esos momentos. Cuando me mató, se lo agradecí porque desapareció el dolor. Desde el día de mi muerte, lamento haberme alejado de mis padres, de haberles dicho esas palabras... ni siquiera puedo ir al cielo. Creo que papá Dios se enojó conmigo, por eso no me lleva con él...

Luego de decir esas palabras, empezó a llorar. Irene sintió lástima por ella. Quería ayudarla de alguna manera, pero no sabía cómo.

Hasta que una idea se le apareció en la mente.

- Tu historia me conmueve. Ahora quiero saber el porqué me ayudaste. ¿Quieres decirlo?

La niña dejó de chillar, pero seguía derramando lágrimas silenciosas. Se aclaró la garganta y dijo:

- Creí que si me dedicaba a ayudar a los otros, papá Dios me perdonaría y me llevaría al cielo. Aunque no lo creas, ser un fantasma también tiene sus ventajas. Puedo sacarle a los ladrones lo que robaron y devolvérselo a

sus dueños, aparecer cuando quiero asustar a los malos... hasta logré despegarme del lugar en donde morí para ayudar a más personas. ¿Y sabes qué? Tengo la habilidad de leer el pensamiento de los otros. Sé que eso está mal, pero a veces es de gran ayuda.

Se quedó un rato callada. Irene no siguió preguntando.

Cuando llegaron a su casa, Irene le sugirió a Rosa que visitara a sus padres. Pero la niña se negó.

- De seguro estarán felices de que esté muerta.
- No es así- le dijo Irene- lo que haces ahora está bien, pero de seguro tus padres te extrañan, a pesar de todo. Estoy segura de que si, por lo menos, apareces en sus sueños, si les hablas, el papá Dios te llevará al cielo.

El rostro de la niña cambió de expresión. Nunca se le había ocurrido esa posibilidad. Volvió a sonreír a la joven y dijo:

- Está bien. Los visitaré y les pediré perdón. Así podré cumplir con mi cometido. Muchas gracias por todo. Cuando vaya al cielo, me acordaré de ti.

Después de esas palabras, desapareció.

A la noche siguiente, Irene recibió la visita de Rosa en sus sueños. Parecía más alegre que antes, dentro de un hermoso jardín.

- ¿Cómo te va al otro lado?- le preguntó Irene

- Me va bien- le dijo Rosa- mis padres sí me estaban extrañando. Lamentaban no haberme comprado la muñeca aquel día. Así que, en sueños, les pedí perdón y les dije que, si no fuera por mi capricho, todavía seguiría con vida.

- Que bueno que te haya salido bien. ¿Qué tal el cielo?

- Es muy lindo, pero no tengo mucho tiempo para hablarte. Solo quería decirte que tengas cuidado. Cerca del lugar en donde morí ocurrieron muchas muertes que, poco a poco, están invadiendo tu mundo. Me parece que la culpa la tiene ese niño, que está contaminado por todo lo malo... Debo irme. Nunca te olvidaré. ¡Cuídate!

Después de eso, el sueño terminó.

[1] Es parecido a una guitarra, solo que está compuesto de cuatro cuerdas y se utiliza para las notas bajas o graves. Fue utilizada a mediados del siglo XX

Capítulo 11

Capítulo IX. Sueño largo y profundo

Por un momento, creyó

Que se encontraba en la nada,

En donde se dice que es una especie de

Parada para los muertos.

En un momento dado, Carolina se encontró dentro de una habitación oscura. No sabía cómo llegó ahí. Pero no estaba sola. Un anciano estaba con ella, flotando en el aire...

... como si fuese un sueño...

... del cual Carolina despertó bruscamente. No sabía el porqué había soñado con aquel señor. Pero de algo estaba segura: era alguien a quien conoció de niña.

Sábado por la mañana. Sus padres salieron a trabajar, por lo que solo quedaron las gemelas para prepararse un desayuno grande. Si bien, Alicia no estaba de acuerdo con la idea, aceptó a regañadientes desayunar un poco más de lo acostumbrado.

Mientras desayunaba, Alicia dijo que iría a un asado, organizado por los ex compañeros del colegio.

- ¿Estás segura que no quieres ir?- le dijo Alicia a Carolina- todos tienen un lindo recuerdo de ti.

- Lo siento- dijo Carolina- pero acordé encontrarme en el shopping con una amiga de la infancia. ¿Te acuerdas de Blanquita?

Alicia se quedó callada por unos segundos, tratando de recordar.

- Esa niña que tanto quería ser bailarina- siguió insistiendo Carolina.

Alicia lo recordó... y aún más.

- ¡Ah! ¿No era esa que vivía con sus abuelos? El abuelito era muy amable con nosotras y siempre nos daba caramelos.

- Sí. Es esa- dijo Carolina, feliz de que Alicia la recordara- la encontré una vez en *Facebook* y hasta nos pusimos de acuerdo en vernos algún día.

Deberíamos visitarla. Vive cerca del puente que cruzamos la otra vez...

Pero se interrumpió en la mitad de la frase. Desde que fueron al otro lado del río, la vida para ellas no era la misma. Evitaban todo lo posible en mencionar el tema, o cualquier cosa que se relacionara con aquel sitio.

Alicia decidió no darle importancia y empezó a hablar.

- Si quieres, puedes invitarla también. De todas formas, llevaré a Irene. Ojala no esté en uno de sus "delirios animelísticos"
- Pasaré todo el día con ella- dijo Carolina- tal vez vayamos a la fiesta... no estoy segura. Pero quiero saludar a su abuelo.

Terminaron el desayuno en silencio.

Cuando llegó al shopping, Carolina fue al lugar en donde se acordaron encontrarse. Blanquita le pasó una foto suya y ella también. Así las dos se reconocerían al instante.

No pasó mucho tiempo cuando Blanquita también llegó. Estaba un poco más flaca que en la foto. Tenía puesto un vestido blanco, su color preferido. Cuando vio a Carolina, se acercó a ella y la saludó de esta manera:

- Aloha[1], hermana. Tanto tiempo ¿No?

Carolina sintió tanta emoción que la abrazó y empezó a preguntarle muchas cosas: que cómo fue su estadía en Hawai, si extrañó su país, qué la hizo volver, cosas así.

- No has cambiado nada, Carolina- le dijo su amiga.
- Y tu has cambiado mucho, Blanquita
- Por favor, dime Blanca. Ya soy grande.
- Perdón. Todavía no me acostumbro.

Se sentaron en un banco y empezaron a conversar.

Carolina le contó lo que pasó durante esos años, a qué se dedicaba y también que planeaba abrir un negocio de cuadros cuando terminara su estudio de pintura.

- Bueno, ya te hablé de mí. ¿Qué hay de ti?- le preguntó Carolina.
- No pasó gran cosa- dijo Blanca- me pasé todos estos años en la playa y surfeando, aunque no gané ningún premio. Mis padres se alegraron de tenerme de vuelta, dado que cuando era más pequeña ellos tuvieron que viajar y dejarme con los abuelos. Al llegar, trataron de complacerme por

todo el tiempo que estuvimos separados. Pero... por razones del destino, tuve que volver.

- Pero... ¿Por qué?

- Es mi abuelo. Se sintió muy mal cuando me fui, por lo que su salud empeoró con estos años. Hace doce meses, mi abuela me escribió una carta, razón por la cual tuve que volver.

- Qué pena lo de tu abuelo. Y yo que quería visitarlo...

- Si quieres vamos ahora, solo que él nunca lo sabrá...

Las dos se quedaron en silencio. Solo escucharon los pasos de las personas, sus susurros que parecían sin sentido de tantos otros ruidos que había. Pero eso no les importaba a las dos amigas. Solo les preocupaba lo que le pasaba al abuelo.

Blanca se levantó. Carolina la siguió. Lentamente, fueron saliendo del shopping para hacer una corta visita.

Pálido como el papel. Dormido en todas sus funciones. La única razón por la que uno sabía que vivía era por su lenta respiración y su suave latir del corazón.

TUTUM – TUTUM

Carolina lo reconoció. Era el mismo señor con quien había soñado. ¿Premonición? ¿Aviso? Ninguna de las dos opciones le importaba a la joven. Por algún motivo, solo pudo sentir su lento latir, lo que lo retenía al mundo para ver, una vez más, a su nieta predilecta.

TUTUM – TUTUM

- Cuando regresé, ya estaba así- dijo Blanca- lo visitamos todos los días y le hablamos. A pesar de lo que digan los médicos, sé que nos está escuchando.

- Seguro que sí- murmuró Carolina.

Fin de la visita. Las dos amigas salieron del hospital que, en esos momentos, se estaba abarrotando de gente...

... como si sus vidas dependieran de las curas de un doctor.

TUTUM – TUTUM

Carolina todavía seguía escuchando aquellos latidos, por más que ya estaban a cinco cuadras del hospital. Casi creyó que eran sus mismos

latidos, solo que no los escuchaba en su interior...

TUTUM – TUTUM

Los latidos se hicieron cada vez más fuertes, y mientras más se alejaban del hospital, más fuerte lo escuchaba.

TUTUM – TUTUM

“¿Por qué sigo escuchando esos latidos? Me estoy poniendo histérica” pensó Carolina, que trataba de contenerse para no asustar a Blanca.

TUTUM – TUTUM

TUTUM – TUTUM

TUTUM – TUTUM

TUTUM – TUTUM

Al doblar una esquina, Carolina vislumbró el puente, en donde comenzó a cambiar su vida. Al verlo, sintió que caía en una especie de pozo oscuro y profundo sin final...

... en donde los latidos se hicieron cada vez más suaves, hasta desaparecer por completo.

“¿Dónde estoy? ¿Por qué me siento tan liviana?”

Carolina se sentía como que flotaba en un espacio oscuro y vacío. Por un momento creyó que se encontraba en La Nada, del cual le mencionaron que era una especie de parada para los muertos.

“¿Estaré muerta? Tal vez no me di cuenta y sufrí un accidente, pero... no sentí nada. ¿Entonces la muerte no duele?”

No estaba asustada. Se sentía cómoda y libre de preocupaciones. El solo hecho de estar en aquella Nada la llenaba de placer y gusto. Pero en el fondo, sabía que tenía que regresar. Todavía no terminó con su cometido en el mundo.

“Tengo que volver, aunque eso duela... veo a alguien. ¿Quién será?”

En efecto, la joven vislumbró a una persona, que parecía unirse a aquella Nada desfigurándose poco a poco. Carolina, a pesar de eso, pudo reconocerlo: era el abuelo de Blanca, al quien vieron en el hospital y con

quien soñó hacia unas horas.

- ¡Espere! ¡No se vaya!- le dijo Carolina, aunque no estuvo segura de hacer sonar su voz.

Sin embargo, el anciano la escuchó. Observó a la joven con asombro y dijo:

- yo te conozco, pero no me acuerdo de dónde... ¿Estás muerta?
- No lo estoy- le respondió Carolina, sin comprender su pregunta.
- Yo tampoco lo estoy pero, por algún motivo que no lo puedo explicar, me encuentro entre el límite de aquello llamado "Vida y Muerte". Y no pienso salir de aquí, porque es un lugar pacífico. Ideal para disfrutar de un descanso eterno...
- Yo tampoco quiero salir, pero... ¿Es que no piensa en sus seres queridos? Su nieta salió de donde estaba para visitarle, pero no la recibiste. ¿No era que la extrañabas y la querías ver de nuevo? ¿Qué clase de abuelo eres?

El anciano se sorprendió por las palabras de Carolina. Entonces, poco a poco, dio muestras de acordarse de dónde la había visto antes: dos niñas, totalmente idénticas, que jugaban con su nieta a las princesas y a las hadas. Sus juguetes eran sus fieles seguidores, por lo que en sus mentes infantiles formaban todo un reinado, con su historia y sus costumbres.

- Has crecido... creo que una vez lloraste al ver un saltamontes. Te tranquilicé con un caramelo. ¿Todavía te asustan los insectos?
- Ahora solo me dan asco- le dijo Carolina.

El anciano sonrió. Poco a poco, fue desprendiéndose de la Nada, tomando forma y volviéndose cada vez más consistente.

- Regresemos- murmuró el anciano.
- ¡Qué bien!- dijo Carolina, feliz.

La joven, entonces, sintió que se elevaba lentamente con el anciano, hasta vislumbrar una luz. Al alcanzar la luz, salieron de la Nada y volvieron a sus respectivos cuerpos.

- ¡Carolina! ¿Qué te ha pasado? ¿Te sientes bien?
- Sí... ¿Qué sucedió?
- ¡Te desmayaste! Por suerte estábamos a una cuadra de mi casa, por lo que te trasladé hasta aquí.
- ¿Tú sola?
- ¡Claro que no! Me ayudó un niño que justo estaba pasando por ahí.

Carolina se incorporó y miró a su alrededor. Se encontraba en la casa de

Blanca, acostada en el sofá.

No había cambiado nada, excepto la posición de los miles de cuadros que estaban en las paredes.

- ¿Cuánto tiempo pasó?- preguntó Carolina, que perdió la noción de tiempo con el supuesto desmayo.

- Cinco horas. Ya es casi medianoche. Tuve que llamar a tu casa, pero no estaba nadie. Hace poco que atendió Alicia y dijo que pasarían a buscarte con un doctor.

Carolina se sobresaltó. No podía creer que se hubiese quedado en ese sitio por muchas horas...

... aunque al estar ahí, le parecieron que las horas se volvían eternas.

Tocaron el timbre. La abuela de Blanca atendió. Eran los padres de Carolina y su hermana Alicia, que traían a un doctor para que analizara a la joven.

“Sí que soy experta en atraer problemas” pensó Carolina.

Pero de lo que estaba segura era que, en cualquier momento, llamarían para anunciar que el abuelo de Blanca despertó; la alegría que estallaría ante tan buena noticia y la vuelta a la normalidad, en que los dos abuelos estarían juntos, viendo la tele o recordando amores pasados.

Y así fue.

[1] Hola, en hawaiano

Capítulo 12

Capítulo X. sexo, droga y soledad

Y luego de decir esas palabras,

Se dio la vuelta y se alejó de su madre,

Corriendo con todas sus fuerzas

Y sin mirar hacia atrás.

- ¡Métele más duro!
- No siento el ritmo. ¡Pon más fuerte!
- ¡Qué mierda! No se puede poner más fuerte.
- Que los vecinos se aguanten. Si les molesta el ruido, peor para ellos.
- ¡Así me gusta! Muéstrame lo que tienes.
- ¡Putá madre! No siento dolor. ¡Más fuerte! ¿O no eres hombre?
- Verás lo hombre que soy. ¡Abre más las piernas!

Y entre gritos desaforados, los dos jóvenes empezaron a tener sexo en pleno bar. El único que se escandalizaba ante tal espectáculo era Felipe, cuya madre estaba bailando en la barra y desnudándose poco a poco.

El joven vivió toda su vida de esa manera, con golpes, indiferencias y mucho ofrecimiento de todo tipo de drogas. A los diez años, quisieron hacerle probar unas pastillas que, al instante, dejaban a uno en el estado de los alcohólicos. Pero por suerte, lo rechazó y siguió viviendo en la terrible lucidez de la realidad.

Los dos jóvenes que tenían sexo, estaban cerca del equipo de sonido, cuyos parlantes retumbaban por el alto volumen. Ellos gritaban con toda fuerza, por lo que Felipe podía escucharlos claramente.

Varias veces tuvo ganas de alejarse de ellos, salir del lugar y empezar a correr muy lejos en busca de Alicia, su amor imposible. Pero no podía dejar a su mamá que, poco a poco, se descubría completamente. En cualquier momento, debía cargarla al coche y llevarla a casa, lejos de aquellos sujetos que, en la menor oportunidad, la violarían.

Aliento oloroso. Manos recorriendo traviesamente el torso del muchacho. Una chica, al verlo solo y apartado, se acercó a él y, tocándole con mucha sensualidad, le dijo:

- ¿Estás aburrido? Vamos a divertirnos entonces...

Felipe la rechazó, empujándola hacia un costado y mudándose de sitio. Así también se alejó de aquella pareja que se apareaban, como dos animales que no controlan sus instintos.

Pero no pudo librarse de los acosos tan fácilmente.

Dos sujetos lo aprisionaron a una pared para que no escapara. Felipe no se asustó. Siempre había algo que lo salvaba a tiempo, o casi a tiempo.

De repente, el lugar se llenó de humo. Todos creyeron que había un incendio, por lo que corrieron por sus vidas tratando de salir del local. Entre tanta confusión, Felipe se libró de sus acosadores, sacó a su mamá de la barra y, llevándola a rastras, se alejaron de la multitud y salieron por la puerta trasera.

- ¿Qué haces? ¿Adónde me llevas, pervertido?- dijo ella, sin reconocer a su propio hijo.

El muchacho tuvo que soportar una vez más que su propia madre no lo reconociera.

- Si no te llevo a casa, podrías morir. Ya es bastante que tenga que soportar que me olvides.

La mujer se quedó por unos minutos pensativa, observándolo atentamente, como si fuera la primera vez que lo miraba. Luego de examinarlo con la mirada, le dijo:

- ¿Así que sigues por aquí, Felipito? No deberías andar por estos lugares peligrosos. Deberías estar en la escuela...

- ¡Ya no voy a la escuela!- dijo Felipe, harto de que la historia se repitiera una y otra vez- me acaban de expulsar solo por llevar una remera de AC/DC debajo del uniforme. ¿Por qué actúas como si no me conocieras? Tú y papá son iguales: desde que murió mi hermana, actúan como si yo también estuviese muerto.

- Felipe, por favor... cállate...

- ¡No me callaré, maldita sea!

Luego de decir esas palabras, se dio la vuelta y se alejó de su madre, corriendo con todas sus fuerzas y sin mirar hacia atrás.

Esa noche, decidió salir de su casa.

Respiración acelerada. Luna ocultándose tras las nubes. Carcajadas fuera de lo normal. Por primera vez, Felipe se sintió libre, a pesar de

encontrarse en un verdadero apuro.

Entre estar en casa o vivir en la calle, no sabía bien cuál de las dos opciones fuese peor. Solo sabía que, mientras más se alejara de sus padres, más oportunidad tendría de alejarse del peligro de los acosos y de las drogas. Pero antes, tenía que buscar un lugar para vivir. En la calle, solo se encontraría con más drogas e, inclusive, correría más peligro de que lo violaran.

Y mientras iba caminando lentamente, tratando de calmarse y de tomar el control de la situación, tuvo la sensación de que alguien lo seguía.

Observó a su alrededor. Solo lo acompañaban las sombras de la soledad. A pesar de todo, sentía que alguien le seguía.

Se detuvo. Observó el cielo, el cual se estaba despejando lentamente. Lo bueno era que no llovería. Así no tendría de qué preocuparse a la hora de buscar un refugio.

Ruidos metálicos. Alguien tropezó con los pots de basura que sujetaban una vara metálica. Felipe se dio vuelta bruscamente y descubrió al que lo espiaba. Como estaba oscuro, no pudo identificarlo. Pero por su figura, supo que era una mujer.

Pero no era su madre.

- ¿Por qué me sigues?- le preguntó Felipe, sin ponerse histérico. Más bien con indiferencia.

- Estás solo y me preocupé- le contestó la mujer, cuya voz parecía la de una joven- ¿Tienes adonde ir?

- N...no- dijo Felipe, mirando al suelo.

No sabía el porqué empezó a seguirla, mientras lo guiaba a través de las vacías calles de la ciudad. Durante el camino, solo vio a un motociclista que detuvo su andar al ver a un alma en pena, con forma de muchacha, que lo detenía y le pedía que la llevar a casa.

- De seguro creíste que el cuento del fantasma y del motociclista era mentira- murmuró la mujer.

- ¿Qué dijiste?- le preguntó Felipe, que no la había escuchado bien.

- Nada. Continuemos.

Y así caminaron hasta llegar a un departamento de dos pisos. Subieron por las escaleras y llegaron hasta una puerta que tenía un letrero de bienvenida que decía:

ABRE TU CORAZÓN HACIA NUEVAS IDEAS

Y PODRÁS ATRAVEZAR ESTA PUERTA

- ¿Qué significa esas palabras?- le preguntó Felipe a la mujer.
- Era la frase de un libro que leí- le contestó la mujer- es para entrar en un mundo en donde no existen "mentes cuadradas"

Ella abrió la puerta y dejó que entrara Felipe. Cuando los dos entraron, cerró la puerta.

Felipe se extrañó que no le diera vueltas de llave a la misma.

- Por más que me asegure, los ladrones igual entrarán- le dijo la mujer, como leyendo el pensamiento del joven.
- Pero al menos les dificultarás la entrada- le contestó Felipe- lo que más me extraña es que me traigas a tu casa sin saber quién soy.
- Sé que no me harás daño. ¿Quieres que nos sentemos? Prenderé la luz para vernos mejor.

La mujer prendió la luz. Así Felipe se encontró en una sala en donde no había muebles. Solo cajas, dando a entender que recién la habitante se estaba acomodando.

Felipe observó a la mujer, cuya belleza se reflejaba en sus ojos verdes y serenos. Parecía una persona amable y buena, pero con muchos misterios ocultos.

Los dos se sentaron en el suelo, recostándose entre las cajas. Ella no le preguntó nada más. Solo escuchó a Felipe que, sin saber su verdadero motivo, le narró la historia de su vida. Le habló de sus padres, de la vida que llevaban. Le habló de su hermana, la única miembro de la familia a quien había adorado. Le habló de su suicido, que le dejó un agujero en el corazón. Y también le habló de Alicia, la chica a quien secretamente amaba y que, sin querer, se declaró frente a su gemela por error. Y finalmente, le habló de lo que había pasado unas horas antes, en el trabajo de su mamá y el impulso que lo llevó a abandonar a su familia. Y no se le olvidó lo confundido que se sentía y también que no tenía un lugar adonde ir.

Después de eso, silencio total. La mujer lo observó atentamente y, luego de unos minutos, le dijo:

- Las drogas solo te destruyen. El sexo sin amor es como escuchar una música sin sentido. A falta de algo, siempre se recurren a esas cosas y solo te llevan a más conflictos, más penurias y más soledad. Ese tipo de soledad es mala, porque solo degrada tu alma y destruye tu ser, hasta que no seas nada más que una cáscara sin contenido. Lo siento, debo de

fastidiarte con sermones de adultos. No intento enseñarte ni aconsejarte. Solo digo lo que pienso.

- También estoy de acuerdo contigo- dijo Felipe.

- Puedes quedarte aquí, por un tiempo- le ofreció la mujer- si no tienes un lugar adonde ir.

- ¿Segura? ¿No seré una molestia?

- Para nada. Eso depende de ti.

Los dos se levantaron. La mujer llevó al joven a una habitación, en donde había una cama pequeña. Felipe se dio cuenta del sueño que tenía, por lo que enseguida se acostó y cerró los ojos. Medio dormido, preguntó a la mujer cual era su nombre.

Ella, entonces, se acercó a él y le dijo:

- Mi nombre es Guadalupe.

El joven no estaba seguro pero, de alguna u otra manera, le pareció escucharla cantar. Tenía una voz hermosa y melodiosa, que sería la envidia de toda cantante.

Y mientras se dormía, la canción poco a poco disminuía de intensidad.

Capítulo 13

Capítulo XI. Encuentro con Drist

... tú me señalaste un nuevo camino

Al cual he estado acostumbrado

A ir. Es por eso que

Quiero ayudarte...

“Porque esta noche apareces tan esplendorosa sobre mi cabeza como un alado mensajero celeste ante los ojos estáticos y maravillados de los mortales, que se inclinan hacia atrás para verle, cuando él cabalga sobre las tardas perezosas nubes y navegan en el seno del aire” [1]

Alicia cerró el libro que estaba leyendo. Aunque no le gustaban las historias de amor, tuvo que reconocer que esa frase le llegó al corazón. Y como hacía con cada frase que le gustaba, lo anotó en su cuaderno de “frases favoritas”.

En eso estaba cuando apareció Carolina, con unos pinceles en la mano.

- ¡Alicia! ¡Me acaba de ocurrir algo horrible!
- ¿Pero qué pasa?- le preguntó Alicia, intuyendo que se trataba de otra de las tonterías de Carolina.
- ¡Apareció un ciempiés en mi pieza! No me deja terminar mi pintura...

Alicia suspiró. Luego, entró en la pieza de Carolina con escoba y pala. Al encontrar al ciempiés, empezó a barrer y lo puso en la pala, para luego salir a la calle y tirarlo en el asfalto.

Pasó una semana después del encuentro con los ex compañeros del colegio, día en la cual también le pasaron cosas raras a Carolina, Irene y Felipe. Cuando Carolina e Irene le narraron sus experiencias, ella no podía creer en lo que decían. A pesar de todo, les agradeció en la mente por darles un empuje a su escasa inspiración para escribir cuentos de misterio y suspenso.

Por supuesto, se cuidó de no contarles nada a su hermana y su amiga. No quería imaginarse las caras que pondrían cuando se enteraran de que dichas anécdotas fueron tomadas sin seriedad. Por el momento, quería

tener una vida normal y tranquila...

... aunque ese objetivo estaba lejos de poder realizarse.

Y mientras tiraba el ciempiés a la calle, se encontró nada más ni nada menos que con Drist, el chico extraño del otro lado del río.

El niño la observó. Ya no tenía la mirada fría y penetrante de antes. Tenía una mirada de sorpresa, como lo tendría cualquier niño sorprendido. Alicia, que no esperaba encontrarse con él frente a su casa, soltó la pala en donde estaba el ciempiés y dijo:

- ¿Qué haces en este lugar?

El niño tardó en responder a su pregunta. Observó a la sorprendida joven, para luego fijarse en el ciempiés que estaba caminando en una baldosa rota. Volvió a fijarse en la joven y, con voz entrecortada, dijo:

- e... ellos m... me dijeron que algo terrible acaba de... bueno, no quisiera creerlo, pero es así...

- ¿Quiénes "ellos?"- le preguntó Alicia, sin comprender.

- ¿Les han pasado cosas raras durante estos días?- le preguntó Drist, ignorando la pregunta de la joven- no sé, que vieron un fantasma, o fueron trasladados a la Nada, o que un extraño los invitó a vivir en su casa... algo por el estilo.

Alicia, al ver que el niño hizo una pausa, estuvo a punto de hablar. Pero Drist volvió a interrumpirla diciéndole:

- No espero que me creas, solo que estoy muy desesperado. No es que me importe lo que les pase, la verdad... yo... yo solo... yo solo temo por tu seguridad. Es lo mínimo que puedo hacer por... salvarme la vida aquella vez.

Alicia olvidó lo que iba a decirle y se acordó de aquel día, en que salvó a Drist de ser atropellado por un auto. También recordó lo furiosa que se sintió y que, después de aquel incidente, no salió de su pieza por el resto del día.

- No me lo agradezcas- le dijo Alicia, que se sonrojó un poco ante tal recuerdo- lo haría con cualquiera...

Pero antes de seguir, el niño se acercó más a ella y la abrazó. Eso la dejó más atónita de lo que estaba.

Luego la soltó, volvió a mirarla y dijo:

- Todavía sigo pensando en que los humanos son estúpidos. Pero al conocerte con tus amigos, he aprendido algo: no es bueno generalizar, porque siempre hay excepciones que nos pueden sorprender. No creo en esas pelotudeces que dicen que la vida es una flor y que la miel es el amor[2], dado que en mi corta vida no he creído en el amor ni en la felicidad. Pero al menos, tú me señalaste un nuevo camino al cual he estado acostumbrado a ir. Es por eso que quiero ayudarte. Debo advertirte antes de que sea muy tarde...

- Pues eso estoy esperando- dijo Alicia, tratando de ser lo más paciente posible para que el niño no la odiara de nuevo- no tengo todo el día.

- Lo siento. Me emocioné. "Ellos" me dijeron que algo terrible acaba de ocurrir. Si les ha pasado cosas raras a ti o a tus amigos, eso quiere decir solo una cosa: nuestro inesperado encuentro acaba de romper el fino límite, que separa a aquellos llamados "malos espíritus" de este mundo. Ya eso estaba ocurriendo con la cantidad de suicidios que hubo en el puente... aunque también soy responsable de lo sucedido por tener un espíritu contaminado... no sé cómo explicarlo...

Y mientras trataba de explicarlo, varias cosas sucedieron a la vez: primero Alicia escuchó una explosión. Venía de la casa. La joven escritora entró, muy desesperada, a ver lo que pasaba. Se estaba incendiando la cocina. Su hermana cometió un accidente y se quedó atrapada en el fuego. Trató de apagarlo, pero no pudo. Se estaba esparciendo rápidamente.

Y cuando ya se asfixiaba por la gran cantidad de dióxido de carbono que había, se volvió a encontrar en la calle, frente a su casa y delante de Drist.

Carolina se asomó por la puerta y, sin reparar en el niño, habló con Alicia.

- Voy a cocinar. Será mejor que entres pronto.

Alicia, entonces, comprendió lo que le había pasado: acababa de tener una visión de un futuro cercano y trágico, como le pasó al protagonista de una película en la que todos morían y él veía sus muertes antes de que ocurrieran[3].

Así es que, rápido como el viento, Alicia se acercó a Carolina, la sujetó por el brazo y le dijo:

- ¡No lo hagas!

Carolina se asustó tanto por la reacción de su hermana, que le dijo:

- ¿Acaso no te gusta mi comida?

Antes de que se pusiese a llorar, Alicia la tranquilizó diciéndole:

- No es eso. Cocinas estupendo. Solo que... que tengo tantas ganas de salir a comer con unos amigos. ¿Qué te parece?

Carolina lo pensó por un rato. Observando detenidamente a Alicia, le dijo:

- Está bien. Pero que no volvamos a comer estofado de pollo.
- Así será.
- Entonces me bañaré. Creo que me tardaré un poco...
- Tómate todo el tiempo que quieras, jejejeje...

Y mientras Carolina fue a bañarse, Alicia volvió a salir a la calle para seguir conversando con el niño. Pero él se había ido.

Pegado a la puerta, encontró una carta. Alicia lo recogió y empezó a leerlo, sintiendo a su corazón latir con mucha intensidad.

He visto lo mismo que tú viste. Hiciste bien en impedir que se cumpliera, pero la próxima no tendrás la misma suerte. Ahora he atado todos los cabos y sé qué le ha pasado a tus amigos, aunque no estoy seguro cuál les afectó más a cada uno. De seguro tú sabrás, si es que lo contaron.

Debo irme. Mi mamá está muy enferma y temo que ellos se la lleven de mi lado. Muchas gracias por escucharme.

Alicia guardó la carta y se metió en la casa.

Justo cuando creía que volvería a tener una vida normal, pasa algo que cambió el rumbo de las cosas.

Como ya le había dicho a Carolina que irían a comer con unos amigos, no tuvo otra opción que llamar a Irene que, de seguro, tendría tiempo para estar con ellas.

Suspiró. De alguna u otra manera, debía acostumbrarse a la nueva vida que, en contra de su voluntad, se había metido para crearle más problemas y estar siempre pendiente de que sus amigos, y aún su propia hermana, no peligraran sus vidas ante apariciones o sucesos inexplicables que a uno le pueda pasar.

[1] Romeo y Julieta, de Shakespeare. Segundo acto. Escena II

[2] Basado en una frase de Víctor Hugo, que dice "La vida es una flor cuya

miel es el amor”)

[3] Refiriéndose a la película “Destino Final”

Capítulo 14

Intermedio

Luego de contemplar el suicido, ella empezó a llorar. Sus padres siempre le habían dicho que no debía meterse en la vida de otros. Pero, en el fondo, sabía que se arrepentiría por no hacer algo para salvarla.

Solo fue una espectadora, un testigo del hecho. No por eso se sentía especial, dado que, en la mayoría de las historias, los personajes principales siempre son héroes.

Pero ella solo era una escritora, que plasmaba en un papel todo aquello que vio y vivió. Podía escribir sobre el suicido, o sobre la mente del suicida. Pero por alguna razón, sintió que sería una gran falta de respeto para la difunta. Así que, por primera vez en su vida, no tocó el bolígrafo ni abrió su bitácora para escribir.

Esa noche, mientras hacía el amor con su amante, decidió no vivir más. Se sintió poca cosa, por más que él le decía que era lo más precioso que pudo haber encontrado. Ella no le dijo nada, ni del suicido que vio en el puente.

Y mientras hacían el amor, alguien abrió la puerta. Era el marido, a quien nunca había amado y se casó de manera forzada.

El marido no dijo nada. Solo se acercó al amante y lo mató de un tiro. A su esposa la golpeó varias veces, que solo paró cuando un socio suyo intervino en la pelea.

Por causa de esos golpes, ella quedó con un problema en la cabeza y hablaba cada rato de suicidios y amores inexistentes. Pero todo eso no impidió que naciese su hijo, fruto de un engaño y de un ardiente amor que desapareció en solo unos instantes.

Su padrastro nunca lo quiso. Era el hijo de su enemigo que se metió con su esposa.

Su madre no podía defenderlo. Sus dolores físicos y espirituales la dejaron completamente inválida, como un bebé de pecho al cual necesitaba que la alimentaran y limpiaran para poder vivir.

El niño, de alguna u otra manera, fue un superdotado que a los tres años ya tenía la mentalidad de uno de seis. Y precisamente por eso, a los tres años, escuchó a su madre hablar en sueños sobre un suicido que vislumbró años atrás. En sueños, dijo que fue el peor momento de su vida, porque murió el hombre a quien amaba y su marido le arrancó la

felicidad de su corazón. Su hijo, entonces, fue cerca del puente y, por primera vez, vislumbró un suicidio. También era de tardecita y la víctima de su destino pronunció unas palabras antes de tirarse al caudaloso río: "solo así sabré si el círculo de la vida se puede cortar".

El niño no reaccionó. Solo observó de manera indiferente, cómo esa persona daba fin a su vida. Y en lo más profundo de su corazón, lamentó no haber estado en el momento en que su madre vislumbró el primer suicido que ocurrió en el lugar.

Fue ahí donde dio inicio su trágica historia. Lo anterior fue solo preparación para lo que se venía después.

Capítulo 15

Capítulo XII. Unión de los hechos.

Tengo el presentimiento de que

El encuentro con ese niño

Nos abrió los ojos a seres que creímos

Que jamás existirían.

Alicia, Carolina, Irene y Felipe. Los cuatro jóvenes poseían unas cuantas piezas de un rompecabezas que tardarían mucho en armar. Las piezas de Alicia eran de aquel día que vislumbró, por primera vez, un suicido. Y también la aparición de aquel niño llamado Drist y de las palabras que dijo. Luego continuaba con aquella casualidad en que, con Irene y Felipe, se encontró con Carolina y una de sus extrañas amigas practicando exorcismo. Después de los hechos extraños, seguía con el paso al otro lado del puente, la visión de aquellos niños con cara de ancianos y el impedimento de la muerte de Drist. Aparte de la premonición que tuvo y cómo logró impedir que se cumpliera, se sumaba las palabras de advertencia del niño que, en agradecimiento, trataba de ayudarla.

Carolina, en cambio, poseía otras piezas. El suicidio de una de sus amigas la entristeció tanto que, por salvar su alma, concordó con otra amiga, la practicante de exorcismo, a hacer un pequeño homenaje. Pero fueron interrumpidas porque vino Alicia con sus amigos y por un extraño fenómeno que los lastimaba entre sí. También seguía el único encuentro que tuvo con Drist y con aquella visión de los niños con caras de ancianos. Otras piezas que tenía era aquel sueño que tuvo del abuelo de Blanca, su traslado a la Nada y cómo logró que el anciano volviera sano y salvo junto a su familia.

Las piezas de Irene, si bien comenzaron con los rumores del niño maldito que iba de cosplayers, no le parecieron tan importantes. Más importante le pareció cuando intentó llevar a cabo su plan de investigar al niño que, por querer ver un exorcismo, lo olvidó por completo. También le pasaron cosas raras aquel día. Y no se olvidaba nunca de aquellos niños con cara de ancianos que la horrorizaron completamente. Sus últimas piezas eran el encuentro con una niña fantasma, que lamentaba lo que hizo en vida. Pero días después, consiguió el "descanso eterno" y se le apareció en sueños, tratando de advertirle de algo. Por falta de tiempo, no lo logró.

Las piezas de Felipe comenzaban con su primer encuentro con Drist, cuando volvió a recordar aquella vez en que su hermana se suicidó. Con ganas de vengarse por lo que le dijo el niño, se unió con Alicia, su amor

imposible, y con Irene, para investigar al niño. Pero también le pasó cosas raras con ese exorcismo que estaban haciendo Carolina y su amiga. Las otras piezas eran de aquella noche en que decidió salir de su casa y el encuentro con Guadalupe, la misteriosa joven que, por extraños motivos, lo llevó a vivir a su departamento.

Ya habían pasado un mes desde que los cuatro jóvenes se conocieron. A pesar de que cada uno pertenecía a un mundo diferente[1], los cuatro compartían dos cosas en común: el encuentro con Drist y el extraño sueño que, en alguna ocasión, los cuatro lo vislumbraron al mismo tiempo.

Alicia, Irene y Carolina estaban en un patio de comidas, conversando acerca del extraño y pesado mes que tuvieron. Y mientras hablaban de Drist y del cambio repentino que tuvo, Felipe las estaba observando a unas mesas más lejanas, dudando de acercarse o no.

Le ponía más nervioso tener que estar con Alicia, a quien todavía no pudo declararle su amor. Lo único que podía hacer era seguir observándola desde lejos, siempre y cuando Carolina no lo viese ni lo reconociese.

Lastimosamente, Carolina volteó la cabeza hacia donde estaba el joven y lo reconoció.

- Chicas, me pareció ver a alguien conocido. Voy a saludarle-

Felipe miró hacia otro lado y, simulando estar pensando en "si existía la nada o no", empezó a tomar la gaseosa a una velocidad sorprendente.

Carolina ya estaba a su lado. Lo observó atentamente y dijo:

- ¡Eres el chico de la declaración cursi!

Como lo dijo tan alto, provocó la atención de los que estaban cerca y de que Felipe se ahogara con la gaseosa y empezara a toser.

Cuando paró con la tos, observó a Carolina y, medio sonrojado, dijo:

- Te estás confundiendo con otro...

- No te hagas del tonto. Ahora que te veo, no solo eres aquel chico que me confundió con Alicia, sino que también estuvo con nosotras al perseguir al niño... creo que se llamaba Drist... solo que aquel entonces no te reconocí...

- Okay, de acuerdo. ¡Tú ganas! Lo que no entiendo es el porqué no me reconociste aquella vez.

- Porque estabas desprolijo. Ahora te veo bien peinado, pero con la misma

remera de aquella vez. ¡Así que te reconocí el doble!

- Bueno, no grites. No estamos solos...

- Lo siento. Es que me entusiasmé. Ven con nosotras... ¿O no te agradan las mujeres?

- Encima que mi declaración iba para una mujer, y me estás catalogando de "raro".

- Lo siento otra vez. Hablo mucho y no controlo lo que digo. Así que vamos...

Felipe no tuvo otra opción que seguir a Carolina hasta donde estaban Alicia e Irene.

Por suerte, Alicia no escuchó la conversación que tuvieron Carolina y Felipe.

- ¡Hola Felipe! ¡Otra vez! ¡Qué coincidencia que nos encontremos!- le dijo Alicia.

- "No existen las casualidades. Todo está predestinado"[2]- dijo Irene, cuya voz cambió repentinamente.

Alicia, Carolina y Felipe la miraron extrañados.

Irene empezó a reírse y dijo:

- Era una broma. Solo imitaba a un personaje de un anime.

- Ya me parecía- dijo Alicia.

Felipe se sentó con las chicas. Al principio, solo escuchaban lo que decían. La mayor parte de la conversación giraba en torno a Drist y los extraños fenómenos que les ocurrieron luego de conocerlo.

El joven estaba tan ensimismado con las anécdotas que narraban, que no se dio cuenta de que empezaron a observarlo atentamente.

- ¿Y a ti? ¿Te pasó algo raro en este mes?- le preguntó Irene.

Felipe no sabía qué decir. No querían que supieran la clase de familia que tenía y tampoco querían que supieran que se escapó de su casa.

Así que, en voz baja y con la mirada al suelo, dijo:

- Conocí a una mujer extraña, que ni nos conocíamos y ya me llevó a su casa. Se llama Guadalupe y tiene ideas muy filosóficas. Aparte de que es una buena cantante, pero no se dedica a cantar.

Después de eso, Felipe se sorprendió cómo la intuición femenina lograba captar lo que le había pasado aquella noche. Y todo fue porque Carolina

dijo:

- ¿O sea que te escapaste de tu casa, conociste a Guadalupe y ella te invitó a vivir en su casa?

- ¿Cómo lo supiste?- dijo Felipe, sobresaltado.

Alicia suspiró. Siempre había creído que los hombres, en especial los muchachos, eran totalmente despistados y que no se daban cuenta de nada.

- ¿Y tú aceptaste estar con ella así no más?- le preguntó Irene.

- No tenía otra opción- dijo Felipe- estaba desesperado y no quería volver a mi casa. La verdad no se el porqué lo hizo, pero es muy buena.

- Drist mencionó algo sobre esto- dijo Alicia, que de pronto se puso reflexiva- tú, Carolina, que soñaste con el abuelo de Blanca y lo viste en la Nada... tú, Irene, que te encontraste con una niña fantasma y luego la soñaste... tú, Felipe, que conociste a una mujer extraña y misteriosa que te llevó a su casa... y yo, que tuve esa premonición, la razón por la que estamos en este patio de comidas... y sin contar con aquellos seres que vimos alrededor de la indígena y más tarde, al cruzar al otro lado... no sabemos qué son, pero le causan mucho terror a Drist. Y también está aquel sueño que tuvimos los cuatro, al mismo tiempo, que la única razón por la que lo recuerdo es porque lo anoté. ¿Ustedes no se acuerdan de ese sueño?

Los tres jóvenes negaron con la cabeza.

Alicia, entonces, sacó su bitácora, que siempre llevaba a todas partes por si acaso, y empezó a leerles el sueño que tuvieron.

Cuando leyó todo, Irene dijo:

- De algo me acuerdo, pero no estoy segura... ¿Por qué me habré olvidado de un sueño tan importante?

- Realmente nunca anoto mis sueños. Es por eso que los olvido- dijo Carolina.

- Ahora que lo has leído, me acuerdo un poco- dijo Felipe.

- Tal vez lo han olvidado porque no le prestaron la debida atención o porque les ocurrieron esas cosas- dijo Alicia- pero de algo estoy segura en estos momentos: tengo el presentimiento de que el encuentro con ese niño nos abrió los ojos a seres que creímos que jamás existirían. Siempre he sido escéptica, pero ahora ya no estoy segura en qué creer...

Todos asumieron con la cabeza.

Ya no estaban seguros de qué pasaría a partir de esos momentos. De alguna u otra manera, sabían que debían salir del lío en que se metieron. Y la única manera que encontraron fue buscar, al otro lado del río, la casa

de Drist o al mismo Drist que, de alguna u otra manera, debía saber realmente qué les había pasado y qué es él, por qué tiene algo que atraigan las cosas raras.

Acordaron encontrarse días después, para llevar al cabo el plan de saber más acerca de Drist y de su vida.

[1] Una forma de decir que son totalmente diferentes.

[2] Frase extraída del anime XXXHolic

Capítulo 16

Capítulo XIII. El mismo sueño pero casi completo.

¿Hasta cuándo esto seguirá?

Alicia escribía y escribía, con una fiebre inspiradora que nunca creyó tener. Era de madrugada y el sueño no la dejó dormir tranquila. Y mientras anotaba, escuchó a su hermana entrar en el baño gritando, dando a entender que también tuvo ese sueño.

Al escribirlo todo, empezó a leer lo que había puesto en su bitácora.

Vacío del universo. Como si viajara rápidamente a otra dimensión. Grito desesperado. Lágrimas amargas cayendo desde lo más alto del cielo e inundando las esperanzas. Desierto sin final. Parecía que en ese punto del universo se había acabado un mundo. Algo cayó del cielo. Era una cápsula plateada, del tamaño de una casa. Se partió por la mitad. De ahí salieron gritos desesperados, de personas que todavía no acabaron con sus sufrimientos y desesperaciones. Y de entre aquellos gritos desaforados, apareció alguien. Ese ser era pequeño, pero con la cara de un anciano. Parece estar gozando del sufrimiento. Aparece otro. También es pequeño, pero con rostro joven. Parece estar sufriendo de los gritos y de lo que ven.

Dos seres diferentes, pero que estuvieron juntos desde la gran creación, dentro de esa cápsula. El desierto se puebla. Aparecen casas, edificios, autos... el vacío sin final perdió significado. Pero el grito desesperado persiste.

¿Hasta cuándo esto seguirá?

- Alicia. Tuve un sueño que no me dejó dormir. ¿Y tú?
- Yo también, Carolina. Yo también.

Las dos hermanas se miraron fijamente. Como no tenían nada más que decir, empezaron a llorar.

Era lo único que podían hacer ante una situación desesperada...

Capítulo 17

Capítulo XIV. La "otaku", la artista y el vago

A pesar de que pertenecían a la misma ciudad,

Estar al otro lado del río era

Como estar en un lugar diferente.

Irene, con un sobretodo y lentes de sol, estaba recostada por el tronco de un árbol, frente al puente que unía los dos lados diferentes de la ciudad. Felipe, con su habitual estilo desaliñado de siempre, le preguntó a la joven qué hacía con ese traje si hacía tanto calor.

- Ahora soy detective- le dijo Irene, como si fuese obvio.
- Pero no hacía falta que te vistieses así- le dijo Felipe
- Yo no critico tu atracción hacia las chicas maduras e intelectualoides como Alicia.

Felipe se sobresaltó. No creía que fuese tan evidente sus sentimientos hacia Alicia.

Pero no pudieron seguir con la conversación, porque vieron a Carolina salir de un taxi. Irene y Felipe le preguntaron en dónde estaba Alicia. Carolina dijo:

- Mi hermana no se encuentra bien. Creo que es una gripe.
- ¡Ni modo!- dijo Irene- con este brusco cambio de clima cualquiera se enferma.
- Bien, ¿Seguiremos con el plan o no?- dijo Felipe que, por falta de Alicia, le daba lo mismo cualquier cosa.
- ¡Seguiremos con el plan!- dijo Irene- aún a costa de nuestras vidas.
- Bueno, pero no exageres- dijo Carolina.
- ¿Qué es lo primero que haremos?- dijo Felipe.
- Cruzaremos el puente como tres valientes guerreros que luchan al servicio del rey...- empezó a decir Irene, cuando fue interrumpida por Felipe, que le volvió a decir:
- Eres cinco años mayor que yo y pareces una criatura.

Irene se sintió tan ofendida por esas palabras, que estuvo a punto de pegarlo. Pero Carolina suplicó que pararan. Le atemorizaban las peleas.

- Así nunca llegaremos a un acuerdo- dijo Carolina.
- Es que pertenecemos a galaxias distintas- dijo Irene- es imposible que una increíble "otaku", una artista sensible y un vago drogadicto se pongan

de acuerdo en algo.

Esta vez, fue Felipe quien se ofendió por esas palabras y dijo:

- Lástima que a las mujeres no se les pueden pegar.

Carolina se interpuso entre los dos. Con una mirada de enfado les dijo:

- Si seguimos así no llegaremos a nada. Vamos a cruzar el río sin discutir y sin peleas.

Por las dudas, Carolina se puso entre Irene y Felipe para que no se pusieran a pelear.

Mientras cruzaban el puente, tuvieron la sensación de que caminaban a través de un túnel que unía dos dimensiones distintas.

A pesar de que pertenecía a la misma ciudad, estar al otro lado del río era como estar en un lugar diferente. A un lugar en donde los habitantes parecieron perder toda clase de esperanzas.

Cuando pasaron a través del puente, Carolina se puso a llorar. Irene trató de consolarla diciendo que todo estaba bien, que nada malo iba a pasar.

- Lo sé- dijo Carolina, sin parar de llorar- lo que pasa es que este lugar me trae malos recuerdos.

- Sigamos- dijo Felipe- y ya deja de llorar, o no llegaremos a nada. "Los llorones son unos perdedores".

Esta vez fue Carolina la que se ofendió por las palabras del muchacho. Durante todo el trayecto, no le dirigió la palabra.

Anduvieron en silencio por el camino que fueron aquella vez, cuando persiguieron a Drist. Todo seguía igual desde entonces, por lo que parecía que los hechos habían ocurrido ayer.

Solo pararon cuando llegaron a ese cruce de calles, en donde la otra vez vieron a esos extraños seres del tamaño de niños pero con rostros de viejos, y en donde Alicia salvó a Drist de ser atropellado por un coche.

- Pareciera como si hubiese ocurrido ayer- dijo Irene, rompiendo el silencio.

- Sí- dijo Felipe- fue ahí en donde nos conocimos los cuatro.

- Pero antes ya nos habíamos visto- dijo Carolina- aunque eso no significó

que nos hayamos prestado la debida atención.

Los tres se miraron. Si bien eran muy diferentes entre sí, también era cierto que, aunque no lo quisiesen admitir, tenían muchas cosas en común que hizo que, por razones del destino, se conociesen y compartiesen la misma experiencia extraña que obtuvieron hacia solo un mes.

- Este... no sé si sería el mejor momento, pero creo que debemos empezar de nuevo- dijo Carolina.

- ¡Qué idea más brillante!- Dijo Irene- como hemos comenzado mal, debemos actuar como si recién nos conociéramos. Hola, soy Irene y me gusta el anime.

- Este... yo me llamo Carolina y me encanta la pintura.

Las dos chicas observaron a Felipe, para ver qué palabras diría. Al final, el chico se presentó de esta manera:

- Me llamo Felipe. Ni yo mismo sé qué soy realmente.

Los tres se quedaron en silencio, observándose atentamente. Lo hicieron por Alicia, que si estuviese con ellos en esos instantes, empezaría a presentarse también.

Irene rompió el silencio diciendo:

- Muy bien. Ya todos nos presentamos. Pero falta Alicia...

- ... y Drist- terminó Carolina, recordando lo que le dijo su hermana acerca del encuentro que tuvo con él frente a su casa.

Irene y Felipe la miraron asombrados. Carolina casi dudó de su propia sugerencia, pero dijo que sería bueno hablar con Drist de frente, para conocerlo y ayudarlo.

- A pesar de todo, sacas conclusiones muy acertadas- le dijo Felipe.

- No deberías dudar de tus palabras- dijo Irene a Carolina- eres una chica inteligente y sensible. Alicia debe estar orgullosa de ser tu gemela.

Carolina estuvo a punto de hablar, cuando escucharon los sonidos de una bocina. Los tres jóvenes se dieron la vuelta y se encontraron frente a una camioneta.

- ¿Están locos, o qué?- les gritó el conductor.

A la velocidad del rayo, los jóvenes salieron del camino y se situaron en la vereda. No se habían dado cuenta de que estuvieron en el medio de la calle por largo rato.

Pasado el susto, Carolina dijo:

- Si Alicia estuviese aquí...
- ¡Ni siquiera quiero imaginármelo!- dijo Irene.
- Se nota que la conocen mejor que yo- se le escapó a Felipe.

Las dos chicas lo miraron, de una manera sospechosa. Luego, como dos inquisidoras de un convento, empezaron a cuestionar al muchacho.

- Me da la impresión de que espías a Alicia- dijo Irene.
- Y has leído su libro- dijo Carolina- lo sé porque lo dijiste al darme una declaración de amor equivocada.
- ¿Así que la confundiste con Alicia?- dijo Irene, que realmente parecía sorprendida- a pesar de ser gemelas, son como el ying y el yang. Pero eso no nos importa, ¿verdad?
- ¿Por qué decidiste unirme a esto? ¿Todo fue por Alicia?
- ¿Desde cuándo sentiste algo por ella? ¿Qué significa Alicia en tu vida?
- ¿Realmente la espías?
- ¿Quieres tenerla en tus brazos?
- ¡BASTA!- gritó Felipe, que se puso nervioso con tantas preguntas- ¡Está bien! ¡Lo diré todo! Pero por favor, dejen de molestarme con eso.

Acto seguido, Felipe narró cómo conoció a Alicia, cómo empezó a leer su libro a pesar de que no era de tanto leer, cómo empezó a averiguar más acerca de ella y también las veces que intentó demostrarle que existía, que sentía algo por ella. Irene y Carolina no lo interrumpieron, ni siquiera cuando Felipe hacía una pausa para descansar.

Cuando terminó con la historia, dijo:

- No sé si está bien que me enamore de alguien mayor que yo, pero no me importa. El amor es ciego y juro que algún día ella, por lo menos se enterará de mis sentimientos.

A Carolina le pareció un chico extremadamente cursi, pero que realmente decía lo que sentía. Irene, en cambio, se conmovió tanto con la historia que empezó a lagrimear.

- De todas las historias de amor trágico que vi en animes, ésta es la más triste de todas.

- No te rindas- le dijo Carolina a Felipe- sé lo que es sufrir por amor. Y si te arrepientes de ese lindo anhelo te arrepentirás toda la vida. Si tuviese tu determinación, no hubiese perdido a mi amado con tanta facilidad.

Aplausos lentos y pausados. Al otro lado de la calle se encontraba Drist, que observó la escena con una mirada de aburrimiento, pero que se convirtió en interés cuando Felipe narró su historia y las chicas lo

animaron.

Irene, cuando miró a Drist, le preguntó desde cuándo estaba ahí.

- Los he observado desde que llegaron a este cruce- dijo Drist. Su mirada, en esos momentos, se mostraba fría y sin una pizca de sentimientos.

- Creí que habías cambiado- dijo Carolina, al ver su expresión y escuchar el tono duro de su infantil voz- al menos, eso fue lo que dijo Alicia.

- Ella cambió mi vida- le respondió Drist- ustedes no me importan en nada. Solo me preocupo por Alicia, cuyo destino no era conocerme. Ni siquiera estábamos destinados a mirarnos o encontrarnos en algún lugar. Para mí, los humanos siguen siendo los mismos idiotas de siempre.

- Realmente... ¿Qué es lo que pasa contigo?- le dijo Felipe, que en cualquier momento cruzaría la calle para golpear al niño.

- Nunca creí que diría esto, pero Alicia, de alguna u otra manera, me mostró lo que es la felicidad y el amor. Todo eso me parecía una tontería, hasta hace poco. Claro que al principio no entendía lo que sentía... pero ahora lo comprendo.

- ¿A qué quieres llegar con eso?- siguió preguntando Felipe.

- He descubierto muchas cosas, pero de algo estoy completamente seguro: nos hacen creer que el destino no se puede cambiar, cuando en realidad depende de nosotros para elegir lo que queremos. Al principio era solo un pequeño criado, pero ahora estoy levantando mi propia revolución contra "ellos", que dicen manejar el destino de los estúpidos humanos en sus manos.

Silencio total. El rostro del niño se transformó en un rostro de susto, para luego gritar y revolcarse en el suelo, como si tuviese un ataque o una convulsión.

- ¡Rápido! ¡Debemos ayudarlo!- dijo Irene.

Felipe se encargó de las piernas. Irene y Carolina de los brazos y la cabeza. De alguna manera trataron de sujetarlo, pero sin éxitos.

No había nadie más en la calle. Solo estaban una otaku, una artista y un chico sin identidad, tratando de auxiliar a un solitario y extraño niño que, queriendo o no, hicieron que se conocieran y aprendieran a sobrellevar las grandes diferencias que se tenían entre ellos.

- ¡Le sale espuma por la boca!- dijo Carolina, poniendo una cara de asco.

- ¡No es espuma! ¡Es un líquido verdoso!- dijo Felipe.

En efecto, de la boca de Drist salía una sustancia verdosa, casi parecida a la espuma. Irene, al ver ese extraño fenómeno, dijo:

- No queda otra opción que pedir ayuda. ¿No habrá un hospital por aquí cerca?

Capítulo 18

Capítulo XV. Melancolía de la joven escritora.

Solo quiero que sepas

Que no estés sola en esto.

Yo te acompañaré.

Alicia no estaba enferma. Simplemente fingió estarlo para no enfrentarse a la dura realidad.

Mientras veía cómo su hermana se iba, se sintió el ser más miserable que hubiese existido en el mundo. No entendía cómo dejó que su propia hermana se encargara de todo, sabiendo lo sensible que era ante los pequeños hechos violentos de la vida.

“Si no fuese por el suicidio que he vislumbrado, no tendría estos problemas” pensó la joven, con mucha inquietud.

Se incorporó lentamente, como si de esa manera podía lograr que el tiempo se detuviera. Como sus padres salieron a trabajar, Alicia aprovechó para dejar una nota en la heladera avisando que salía a visitar a una amiga. Siempre hacía eso cuando quería salir y no estaba nadie.

Ya cuando dejó la nota en la heladera, se vistió y, olvidándose de su bitácora, fue en busca de su hermana.

En la parada, al darse cuenta de su distracción, estuvo a punto de volver a casa para llevar la bitácora. Pero justo venía el colectivo que la llevaría cerca del puente. Solo tenía dos opciones: o tomar el colectivo y despreocuparse un poco de la búsqueda de inspiración, o buscar la bitácora y tener que esperar mucho más para la llegada de otro colectivo.

Lo que más odiaba era decidir, porque siempre arriesgaba algo que podría serle útil para después.

El colectivo ya estaba frente suyo. Mientras varias personas subían y bajaban del mismo, la joven escritora quedó pensando. Por un momento, su mente se quedó en blanco y hasta olvidó qué estaba haciendo en ese lugar y porqué tenía el presentimiento de que debía tomar una decisión. Todo eso contribuyó a que tuviese una leve amnesia por unos cuantos segundos.

Pero esa leve amnesia que tuvo le costó caro.

Cuando el colectivo se fue, Alicia se acordó el porqué estaba en ese lugar y cuál de las dos opciones debía seguir. Al final, por ser tan indecisa, ni tomó el colectivo ni fue a buscar su bitácora para escribir.

Por el error que acababa de cometer, decidió apurar el paso y, si tenía suerte, lograr detener el colectivo para subirse y así llegar más rápido al puente.

Pero un accidente hizo que se atrasara en su apuro.

En plena avenida, un camión de carga chocó contra un mini, aplastándolo completamente. Luego, la carga del camión se soltó y casi cayó por un motociclista que iba a un costado. Como se tuvo que cerrar una parte de la avenida y desviar al tráfico y a los peatones, Alicia no tuvo otra opción que tomar el camino más largo hacia el puente.

- ¿Por qué será que todo me va mal?- se preguntó Alicia, ya lejos del accidente- ¿Será por ser mentirosa?

Y con esos oscuros pensamientos, fue lentamente hacia lugares solitarios y silenciosos, en donde cualquier chica con juicio jamás se atrevería a ir.

En unas calles empedradas, en donde nadie pasaba, Alicia encontró un pequeño banco en una vereda. Le llamó la atención, porque normalmente nadie se tomaría la molestia de sentarse en esa clase de sitio. Pero como había caminado mucho, decidió tomar un descanso.

Con la cabeza recostada sobre el respaldero, Alicia observó el cielo. Solo había una gran nube que, lentamente, iba cambiando de forma. Así vio a Irene vestida de una guerrera y con un extraño báculo, a Felipe detrás de algo indefinido espionando a alguien y a Carolina, que estaba siendo atacada por una araña gigante. Ante ese último pensamiento, cerró los ojos y empezó a frotarlos, como si hubiese lagrimeado.

- No te preocupes. Ellos estarán bien.

Alicia se sobresaltó. Alguien estaba a sus espaldas, pero no se atrevió a darse vuelta.

- ¿quién eres? ¿Cómo sabes lo que me pasa?

Silencio.

- ¿Por qué no me contestas? ¿Eres un asaltante? ¿O un violador?

Silencio.

- ¿Eres real? ¿O solo fue mi imaginación?

Silencio.

Movida por la curiosidad, Alicia dio un brusco giro con la cabeza, de manera que sintió un fuerte estirón.

Pero no vio a nadie.

Mientras se tocaba el cuello por el estirón que se dio, estuvo convencida de que solo fue producto de su imaginación.

Una vez más, se equivocaba.

- Si mueves un poco la cabeza, se te pasará el dolor.

De reojo, Alicia observó a la persona que se sentó a su lado. Era una mujer de ojos verdes y con el cabello recogido en un gran rodete. Era Guadalupe, aunque no lo sabía.

- ¿Por qué me espías?- le dijo Alicia, sin mirarla directamente- ¿Qué es lo que te propones?

- Quiero conocerte- le dijo la mujer- mírame a la cara.

No era una orden. Solo un pedido.

Lentamente, Alicia la observó. Por su aspecto, parecía una ejecutiva, aunque no estaba segura. Todavía no era hora de que se hiciera un descanso en el trabajo. Antes de que Alicia volviera a hablarle, Guadalupe dijo:

- De seguro te sonará el nombre de Felipe. ¿No es así?

Alicia afirmó con la cabeza, en silencio.

- Y tú serás Alicia. Por las descripciones, te reconocí.

Alicia no dijo ni hizo nada. Solo esperó a que prosiguiera.

- Sé que te parecerá raro, pero ahora Felipe vive conmigo. Lo hago por caridad. Te aseguro que nunca hemos tenido "intimidad" ni nada por el estilo. Pero hoy me dijo que tenía algo que hacer, que no lo esperara para cenar. Por eso te he buscado y te encontré. Tuve suerte de encontrarte. Por cierto, mi nombre es Guadalupe, por si querías saberlo.

Por un momento, Alicia se sintió mareada.

Aparte de la preocupación que sentía por Carolina, también se sumaba la preocupación que sentía por Catalina y Felipe, más el encuentro que tuvo con esa extraña mujer que parecía no tener sentido común.

- Ojala nunca hubiese pasado esto- murmuró Alicia, que dejó de mirar a Guadalupe y dirigió sus ojos hacia una mancha negra que tenía la baldosa.

- Todos dicen lo mismo- dijo Guadalupe- para mí, eres afortunada: tienes un libro publicado a tu corta edad, eres hermosa y muy exitosa. ¿Por qué tienes que estar triste?

- ¿No lo ves?- dijo Alicia, sintiéndose cada vez más irritada- ¿Te considerarías afortunada si vislumbras un suicidio? ¿O si conoces a un niño que cambia el rumbo de tu vida? ¿O haber dejado a tu débil hermana a enfrentar los peligros mientras estoy fingiendo una gripe? ¿No sabes el gran cargo de conciencia que tengo en estos momentos? Lo único que quiero es irme y terminar con esto de una maldita buena vez.

Ya estaba por levantarse para correr y no dar marcha atrás, cuando Guadalupe la detuvo sujetándola fuertemente del brazo.

- ¿Qué te pasa?- dijo Alicia, ya fuera de sus casillas.

- Lo siento- dijo Guadalupe. Su mirada, en esos instantes, parecía de sincera compasión- no tenía ni idea. Solo quiero que sepas que no estás sola en esto. Yo te acompañaré.

Alicia respiró hondo. Cuando se tranquilizó, dijo:

- No, discúlpame a mí. No pude controlarme. Solo quiero salvar a mi hermana y a mis amigos de "aquellos" que atacan frecuentemente a Drist. ¿Sabes a quién me refiero?

Esta vez, fue Guadalupe la que movió la cabeza, pero en señal de negación.

- Será largo explicártelo- dijo Alicia.

- Lo único que sé es que esa persona tiene algo que cambió muchas vidas. Es alguien cuya inteligencia le parece terriblemente insoportable. La verdad, prefiero no juzgar a los demás sin antes conocerlos del todo. Así que te acompañaré, para saber cómo es Drist realmente.

- Gracias. La verdad, no sabía bien si podía enfrentar esto yo sola.

Las dos empezaron a correr, sin fijarse bien si cruzaban las calles o no. Milagrosamente, lograron pasar a todos los autos y camiones sin ser chocadas.

Por un momento, a Alicia le pareció que adquiriría una supervelocidad, como si de repente se convirtiese en Flash. Ya le habían dicho una vez que, en las emergencias, uno hace cosas increíbles y que jamás creyó poder hacer. Ése era uno de aquellos casos de urgencia extrema.

Al llegar al puente, ambas se detuvieron. Alicia no sabía si solo era una ilusión, pero en la entrada había una multitud de esos seres que molestaban a Drist.

- Lo que suponía- murmuró Guadalupe.

- ¿Qué son esas... cosas?- dijo Alicia, que no sabía qué otro sustantivo utilizar para identificarlos.

- ¿Cuándo los has visto por primera vez?- le preguntó Guadalupe.

- Cuando me encontré con Drist por segunda vez. Era en el puente y estaba cerca una mujer indígena, rodeada de aquellos seres. Luego... ¡También los vi al otro lado del río! Cuando cruzamos el puente para perseguir a Drist... Le pregunté qué eran esas cosas, pero nunca me lo dijo.

- Es porque ni él mismo lo sabe con exactitud. Pero yo sí lo sé, porque soy parte de esos molestos seres... del cual fui liberada gracias a un alma en pena.

Alicia estaba a punto de preguntarle qué quería decirle con eso, cuando aquellos seres se acercaron a ellas y las rodearon, sin darles posibilidad de escapar.

Esos seres empezaron a hablar. Sus voces parecían la de ancianos, pero como si estuviesen hablando a través de un gran micrófono.

- Somos los forjadores del destino. Y ustedes están destinadas a morir en este puente, que es el portal de la muerte maldita.

- ¡Déjenos pasar!- dijo Alicia.

Guadalupe la tomó de la mano y la arrastró lejos de aquellos "forjadores del destino", traspasando a unos cuantos.

- Son como fantasmas. No son sólidos ni macizos.

- ¡Cuidado! ¡Podemos caer al río!- dijo Alicia.

- ¡Ellos no deciden nuestro destino! Si siempre atiendes a sus palabras, te controlarán.

Apenas pusieron un pie en el puente, una moto que justo pasó en ese momento hizo que las dos perdieran pie y empezaran a caerse al caudaloso río, cuyas aguas cubrían las filosas rocas que cortaban a cualquiera quien osara tocarlas.

Los extraños seres empezaron a reír, sin darse cuenta de que se habían equivocado en esa importante predicción que acababan de dar.

Capítulo 19

Capítulo XVI. El río de sangre.

Lo único que quería

Era volver de donde estaba

Para encontrar a sus amigos

Y a su hermana.

- ¿Alicia? ¡Alicia!
- ¿D... dónde estoy?
- Despierta y verás.

Alicia despertó... y vio...

No sabía cómo llegó hasta ahí. Lo único que recordaba era que, por esquivar a un motoqueiro, se resbaló y cayó del puente. Estaba segura de que a Guadalupe le había pasado lo mismo, aunque tenía más ventaja en sujetarse por la barandilla y salvarse.

Observó a su alrededor. Estaba encima de un bote sin remos, que era llevado por la fuerte corriente del río. Lo más llamativo era que el río no era agua, sino sangre. La joven lo supo por el olor y también al observar la fuerte corriente que era capaz de arrasar con todo lo que se encontrara a su paso.

Dio otra mirada a su derecha y observó a Drist, inconciente. Tampoco sabía cómo llegó ahí, aunque no le importaba en esos momentos. Trató de despertarlo zarandeándole un poco o abriéndole los párpados.

Nada. Por más que los abriera, solo encontraba unos ojos carentes de vida, como las de un muerto.

Se rindió. Mientras observaba tanto a Drist como al río que arrastraba el bote, empezó a preguntarse muchas cosas:

“¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Realmente he muerto? ¿Qué pasó con Guadalupe? ¿Por qué no despierta Drist? ¿Y de quién es esa voz, que me despertó?”

Y mientras se hacía esas preguntas, avanzaba cada vez más hacia un lugar indefinido y extraño.

- ¿Qué crees que habrá pasado?
- No lo sé. Pero si no nos atienden, moriré. Su temperatura disminuye rápidamente.
- ¿Por qué no nos atienden? ¡Esto es una emergencia!

Felipe, Catalina y Carolina estaban a las puertas de un pequeño consultorio atestado de pacientes. Por más que suplicaron que los atendieran, no obtuvieron respuestas. Parecía que a nadie le importaba lo que les pasaba.

Mientras estaban sentados en el suelo, cada tanto intentaban llamar la atención para que los atendieran, pero sin éxitos. Carolina empezó a llorar de la desesperación, algo que fastidió un poco a Felipe.

- Con llorar no solucionas nada.
- ¿Y qué quieres que haga? En este tipo de situaciones, me desespero... ¡No sé!
- Bueno, entonces tendré que tomar "medidas drásticas"

Sin obtener permiso alguno, Felipe irrumpió en el consultorio, con la secretaria persiguiéndole. Empezó a echar todas las cosas del médico, diciendo que si no les atendía, haría algo mucho peor.

- ¿Qué haces? ¡Delincuente! ¡Llamaré a la policía!- dijo la secretaria.
- No se preocupe- le dijo el médico- y tú, jovencito, será mejor que se comporte o no atenderé a su emergencia. Atiendo a los pacientes por orden de llegada. Y si no le gusta, vaya a otro lugar o...
- ¿O qué? ¿Llamará a la policía?- dijo Felipe, mientras rompía el cuadro de diploma del médico, para luego pisotearlo frente a sus propios ojos.

Eso fue demasiado para el médico.

Luego de llamar a los guardias, los tres jóvenes fueron expulsados del lugar, junto a Drist, cuyo aspecto no mejoró en nada.

Hacía frío. Como no tenía con qué abrigarse, Alicia se acurrucó en un rincón del bote para no congelarse.

Aún no sabía hasta dónde iban a llegar. Ya no le importaba tanto cómo llegó hasta ahí y qué hacía con Drist en ese lugar. Lo único que quería era volver de donde estaba para encontrar a sus amigos y a su hermana.

- Salta al río con Drist. Solo así podrás escapar.

Alicia se asustó. Otra vez volvió a escuchar esa misma voz que la despertó. Observó a su alrededor, pero no vio a nadie. Solo estaba ella y el niño inconsciente.

A pesar de todo, se atrevió a hablar.

- ¿Quién eres? ¿Dónde te encuentras?

La voz no le contestó. Simplemente volvió a repetir lo que dijo.

- Salta al río con Drist. Solo así podrás escapar.

Alicia observó la fuerte corriente que arrastraba el bote. No sabía qué era peor, si lastimarse y ahogarse o permanecer en donde estaba por toda la eternidad. Porque dado que no había parado en ningún momento, le parecía que el tiempo se alargó más de lo esperado.

- No te desesperes en tomar una decisión. Todo depende de lo que elijas. No hay otra opción.

- Odio elegir- dijo Alicia- siempre tomo decisiones equivocadas.

- No es momento de pensar en eso. ¿Quieres volver a ver a tu familia? ¿Amigos? Piensa en ellos y salta.

Alicia pensó en los que amaba. Por un momento, olvidó por completo en dónde se encontraba y solo se concentró en sus padres, en sus amigos y en Carolina. Y solo así se dio cuenta de que si permanecía en ese bote, nunca más los vería. Una vez le hablaron del destino y, hasta ese momento, creía que por más que eligiera algo, era el destino el que decidía su porvenir. Pero en esos momentos, mientras observaba el río de sangre, tomó una decisión.

Trató de alzar a Drist y, mientras se paraba para dar un salto, dijo a todo pulmón:

- ¡Yo soy dueña de mi propio destino!

Luego de eso, sujetó fuertemente a Drist y saltó con él a la peligrosa corriente del río de sangre.

Capítulo 20

Capítulo XVII. Los forjadores del destino.

La chica estaba rodeada

De aquellos seres, como queriendo

Atormentarla más de lo que

Ya estaba.

Drist volvió a respirar normalmente. Su temperatura corporal dejó de disminuir. Los tres jóvenes, que pararon en una esquina de la cuadra del consultorio, se sorprendieron ante tal hecho.

- Es increíble cómo los niños pueden aguantar tantas cosas...- murmuró Catalina, al ver la mejoría de Drist.
- Lo importante es que no necesitamos de ningún médico para que Drist mejore- dijo Carolina. En cualquier momento, despierta y esta pesadilla terminará.
- No. Aún no- dijo una voz a sus espaldas.

Carolina, Catalina y Felipe se dieron la vuelta y se encontraron con Guadalupe, que llevaba a Alicia en brazos. Ambas estaban totalmente mojadas.

La razón por la cual supieron que era Guadalupe era porque Felipe se sorprendió de verla y le preguntó qué hacía ahí. Pero al ver a Alicia, fue rápidamente hacia ella para ver lo que le pasaba.

Catalina y Carolina dieron un grito de sorpresa. No sabían qué hacía Alicia en ese sitio, cuando se suponía que estaba en la cama con gripe. Y también se preguntaron qué le había pasado realmente.

Guadalupe las tranquilizó diciéndoles que solo estaba inconciente.

- Así que tú eres la que acogió a Felipe. ¿No?- le preguntó Carolina- ¿Qué hacías con Alicia?
- Acabo de cambiar el curso de la historia- dijo Guadalupe, con una voz extraña para Felipe.
- ¿Por qué están mojadas? ¡Ya no entiendo nada!- dijo Catalina.
- Mejor vayamos a un lugar donde no llamemos la atención- aconsejó Guadalupe a los jóvenes.

Depositó a Alicia por el suelo delicadamente, se acercó a Drist y,

tocándole la frente, empezó a "buscar" el lugar en donde residía.

Cuando lo logró, volvió a alzar a Alicia y dijo:

- En la casa de Drist hay un sótano. Ahí podemos resguardarnos de las miradas curiosas y de los forjadores del destino. Solo síganme.
- ¿Sabes leer el pensamiento?- le preguntó Felipe.
- Hasta que por fin te has dado cuenta.

Y sin decir ninguna palabra más, fueron directamente a la casa de Drist.

Madera gastada. Techo de chapa con agujeros. Así se veía la casa de Drist en donde, desde la muerte del dueño y del abandono de sus hijos, solo vivía Drist y su madre enferma.

Entraron a la casa. En el suelo, encontraron el cadáver de una mujer que, por no querer recordar amores pasados y frustraciones dolorosas, se cortó las venas unos minutos antes de que los chicos llegaran.

Carolina dio un grito de horror. Catalina y Felipe quedaron petrificados. Guadalupe observó el cadáver, sin impresión alguna.

Alicia y Drist, que todavía seguían inconcientes, parecían estar en un sueño apacible y tranquilo.

- No tenemos nada que hacer aquí- dijo Guadalupe- vayamos al sótano.
- Pero... ¿quién es esa mujer?- preguntó Catalina, señalando al cadáver.

Guadalupe se quedó callada por un momento. Observó el cadáver, con el aspecto de querer compadecerse de su alma. Luego dijo:

- Era la madre de Drist.

Llegaron a la orilla. Drist despertó y escupió la sangre que se tragó del río.

Alicia, al ver que se despertó, respiró aliviada. Luego, observó el bote que habían abandonado, que se perdía entre el caudaloso río que poco a poco, con su fuerte corriente, lo iba destruyendo.

- ¿Dónde estamos?- preguntó Drist.
- No lo sé- dijo Alicia- por un momento, creí que me ahogaría.

- Me has salvado de nuevo. ¿No es así?

Alicia observó a Drist. No sabía cómo explicarle lo que había pasado, dado que ni ella misma entendía lo que estaba haciendo en ese lugar.

- Lo que estoy segura es que no estamos muertos. No aún todavía.
- ¿Segura? Según ellos, cuando navegamos en un río de sangre es porque vamos por el camino del "más allá". Y ahora estoy viendo el río de sangre y, si estamos mojados es porque hemos nadado... creo que estoy diciendo tonterías... ¡No puede ser! Ni siquiera sé si me mintieron o realmente es así. Yo...

Alicia le puso una mano en su cabeza. Drist la observó. No entendía el porqué se ese gesto.

Alicia ya no estaba asustada y, con la confianza que sentía en esos momentos, el frío se había esfumado.

- Una amiga me habló de los que te atormentan. Se hacen llamar forjadores del destino. Pero ellos no controlan el destino. Si crees en lo que dicen, te controlarán. ¿Desde cuándo los has visto?
- Desde siempre. En realidad, cuando vislumbré por primera vez el suicidio del puente. La chica estaba rodeada de aquellos seres, como queriendo atormentarla más de lo que ya estaba. Los conocí y me enseñaron a odiar a los humanos.

Los forjadores del destino aparecieron en ese lugar, rodeando a Alicia y Drist de manera que no escaparan. Empezaron a reírse y a señalarles, como burlándose de ellos.

Pero Alicia no se dejó engañar por lo que veía. Miró a Drist directamente a los ojos y dijo:

- Un mes atrás tuve un sueño. Hace poco lo volví a soñar. Al principio no lo entendía, pero creo que se me está quedando claro. Y ahora me acuerdo de un cuento que escribí, que se asemeja más o menos a lo que nos pasa. A pesar de todo, me estoy dando cuenta que ese cuento y ningún otro superan a esta situación. Los cuentos que he escrito no son nada comparado con lo que pienso y siento en estos momentos. ¿Y sabes lo que pienso? ¡Que es hora de enfrentar a los forjadores del destino y demostrarles quiénes somos en realidad!

Drist asumió con la cabeza. En esos momentos, sintió que Alicia le devolvió el valor que había perdido cuando, en su remoto pasado, observó por primera vez a los mal llamados forjadores del destino.

Capítulo 21

Capítulo XVIII. El comienzo del final.

Parecía que se encontraban

En un desierto, cuyo cielo

Era azul aunque no tenía sol ni nubes.

Alicia y Drist empezaron a correr, para así alejarse de los forjadores del destino. A pesar de que esos seres tenían las piernas cortas, corrían a la velocidad del viento y, más pronto de lo que creían, la joven y el niño fueron completamente rodeados.

- ¿Y ahora qué haremos?- preguntó Drist.
- Son como los fantasmas- dijo Alicia- no nos pueden detener.
- ¡Pero nunca he atravesado a ninguno!
- Yo sí. Si no nos dejamos influenciar, ellos no nos pueden hacer nada.

Volvieron a correr. Alicia pudo atravesar a unos cuantos, como si solo fuesen fantasmas. Drist, al principio, tuvo dificultades. Unos cuantos lo sujetaron por las piernas, demostrando así que eran macizos como los objetos sólidos.

- ¡Corre!- dijo Drist a Alicia- ¡No podré evadirlos, pero tú sí!
- ¡No te dejaré!- dijo Alicia- ¡Vendrás conmigo!

Tomó a Drist de la mano y trató de arrastrarlo, pero los forjadores del destino lo tenían bien sujeto, como si se hubiesen clavado por el suelo.

- ¡Te llevaré con o sin ellos!- dijo Alicia.
- Yo no tengo a nadie. Tú tienes a tu familia, amigos. Si no me dejas, ellos te extrañaran y nunca más los verás. Y a mí... ¿quién me va a extrañar?
- ¡Todos te vamos a extrañar! ¿Acaso no te has dado cuenta?

Y antes de seguir discutiendo, apareció una silueta entre los forjadores del destino. Ellos se asustaron y, los que sujetaban a Drist, lo soltaron y empezaron a retroceder.

La silueta tomó forma hasta que, poco a poco, Alicia pudo reconocer quién era.

- ¡Guadalupe!- gritó Alicia- ¿También aquí?
- Al fin pude encontrarlos- dijo Guadalupe.

Los forjadores del destino, al verla, dijeron:

- ¡Es la traidora! ¡Matémosla!

Mientras se abalanzaban sobre ella, aparecieron a su alrededor los verdaderos fantasmas. Los forjadores del destino se aterrorizaron al verlos con Guadalupe, algo que le sorprendió a Alicia.

- Los fantasmas son un arma destructiva para estos nefastos seres- dijo Guadalupe, ante la sorpresa de Alicia- es por eso que, cuando dominan la voluntad de una persona, los forjadores del destino tratan de que su espíritu permanezca en esta clase de sitio.

Los fantasmas avanzaron, haciendo que los forjadores del destino retrocedieran cada vez más. Alicia y Drist se acercaron a Guadalupe y, con mucho asombro, observaron que los fantasmas hacían que los forjadores del destino cayeran al río de sangre.

Cuando el último de esos seres desapareció, los fantasmas volvieron a rodear a Guadalupe. Alicia, entonces, se dio cuenta de que Guadalupe casi parecía un fantasma, solo que no era tan pálida y, de alguna u otra manera, sus facciones se parecían mucho a los de los forjadores del destino.

- ¡Tú no eres humana!- dijo Drist a Guadalupe- pero tampoco eres... un fantasma...

- Soy un ser que perdió su identidad- dijo Guadalupe. Los fantasmas, poco a poco, desaparecieron- en teoría, ustedes tampoco son humanos desde que sus almas navegaron por el río de sangre.

- ¿Quieres decir que dejamos nuestros cuerpos y paramos en este lugar?- preguntó Alicia, sorprendida.

- ¿Estamos... muertos?- preguntó Drist.

- Ni vivos ni muertos- dijo Guadalupe- están entre el límite de la vida y la muerte. De alguna u otra manera, aquel puente que une los dos extremos de la ciudad, es el mismo que une aquello llamado "el mundo de los muertos" con el "mundo de los vivos"

Empezaron a caminar, alejándose cada vez más del río de sangre. Parecía que se encontraban en un desierto, cuyo cielo era azul aunque no tenía sol ni nubes.

"Desierto sin final. Pareciera que en ese punto se había acabado el mundo" murmuró Alicia, recordando aquel sueño que tuvo.

- Todo esto es mi culpa- dijo Drist- con el gran odio que he sentido por las personas, me dejé llevar por los forjadores del destino para arruinar la vida de otros. He contribuido a que hubiese un gran desequilibrio en este punto del universo. No sé cómo podré reparar esta falta.

- Todo problema tiene su solución- dijo Guadalupe- por el momento, ya no tenemos nada más que hacer aquí. Será mejor que regresemos, antes de que la conexión que tenemos con nuestros cuerpos se rompa.
- ¿Y cómo regresaremos?- dijo Alicia.
- Cuando perdamos de vista el río de sangre, llegaremos al portal.

Y sin decir ninguna palabra más, empezaron a caminar.

Cuando perdieron de vista el río de sangre, la tierra los tragó y empezaron a caer en una especie de túnel vacío y oscuro.

“Vacío del universo. Como si viajara rápidamente a otra dimensión” fue otra parte del sueño que Alicia recordó en esos momentos.

Y mientras caían, entraron en un sueño profundo y breve.

Al despertar, lo primero que vio Alicia fue el rostro de Carolina, que parecía pasar de la preocupación al alivio.

- ¡Me has dado un gran susto!- dijo Carolina a Alicia, mientras la abrazaba y lloraba en su hombro.

Drist también despertó. Y mientras veía cómo las dos hermanas se abrazaban y los amigos saltaban de la alegría, se incorporó y salió del sótano en donde se encontraba. Guadalupe, que también se había despertado, lo siguió.

A Drist no le pareció extraño encontrarse en su casa. Tampoco tenía ni idea de lo que pasaron Carolina, Catalina y Felipe mientras lo trasladaban de un lugar a otro. Lo único que se alegraba era volver a su cuerpo y permanecer ahí por mucho tiempo.

Tropezó con el cadáver de su madre. Al verla, no evitó derramar unas cuantas lágrimas. Guadalupe, al verlo, se acercó a él y le tocó el hombro. Drist la observó, sin saber qué decirle.

Detrás de Guadalupe vio a Alicia, Carolina, Catalina y Felipe, que parecían preocupados por su situación. Drist secó sus lágrimas y, observándolos detenidamente, dijo:

- Si pudiera cambiar el pasado y modificar el tiempo a mi manera, impediría la muerte de mi madre y no les diría esas duras palabras que dije al conocerlos. Pero como eso es imposible, entonces tendré que prepararme para lo que venga después.
- Esto aún no ha terminado- dijo Guadalupe- apenas estamos en el comienzo y la verdad es que tendremos que impedir el próximo suicidio

que ocurra en el puente.

- La verdad duele- dijo Catalina- creí que todo acabaría.

Guadalupe los miró a todos, asumiendo con la cabeza lo que dijo Catalina. Pero al final, dijo unas palabras que sorprendieron a todos.

- La verdad desilusiona, pero nos hará libres de toda esclavitud del alma. Suena como una contradicción, pero así es la vida: un gran contraste entre opuestos que se complementan entre sí eternamente. Y así como tenemos que prepararnos para lo que venga después, también tenemos que vivir con esa única verdad.

Todos asumieron con la cabeza.

Capítulo 22

Capítulo XIX. Gritos y lágrimas

Poco a poco, Drist sintió

Algo extraño en su interior.

Era casi igual a la sensación que tuvo

Cuando conoció la felicidad.

Escribía lentamente y sin dudar, como si tuviese todo el día para hacer lo que se propuso tiempo atrás. Cada tanto, sacaba el cigarrillo de la boca y hacía anillos de humo. Luego, lo volvía a meter y seguía escribiendo.

Nunca le había dado bien el escribir. Detestaba cuando en el colegio hacían redacciones y, luego de un esfuerzo sobrehumano, sacaba un aceptable. Pero cuando leyó lo que había escrito, se sorprendió de lo bien que había plasmado la idea en un papel.

Punto final. Volvió a sacar el cigarrillo de la boca y lo hundió en el cenicero, cuando apenas se consumió por la mitad. Tomó su escrito, lo dejó en un lugar visible y se fue.

Horas después, su madre vio el papel y, mientras lo leía, sentía que el mundo se destruía completamente y que caía en un vacío sin final.

ASÍ COMO LA VIDA APARECE EN LA CONCEPCIÓN, DESAPARECE SEGÚN LA VOLUNTAD DE UNO. Y SI TUVIESE UN CASTIGO POR ESTA IRREMEDIABLE DECISIÓN, AL MENOS UNA PARTE DEL INFIERNO LOGRÉ ESCAPAR. Y ME DESPIDO DE ESTE MUNDO CRUEL, DEJÁNDOLO CON SU MALDITO DESTINO, MIENTRAS YO SIGO UNO NUEVO

Carolina cayó al suelo de rodillas. Se abrazó, como si de repente tuviese mucho frío.

Alicia se acercó. Como la conocía bien, creía saber que estaba conmocionada por lo que acababa de pasar. Se agachó para abrazarla, pero Carolina se alejó de ella.

- Ya no entiendo nada- dijo Carolina- te vi en la cama y ahora te encuentro aquí... en una casa en donde murió una persona... ¿Cuándo será que volveremos a la normalidad?

- Carol, no te pongas así- dijo Alicia- todos están conmocionados. Si

quieres, vamos a casa y seguiremos con esto otro día...

- ¡No!- dijo Carolina y, de un salto, llegó al otro extremo de la pieza- ¿Es que no lo entiendes? Estamos caminando hacia un terrible problema. Nunca descansaremos hasta llegar al final. Si hoy pasaron tantas cosas... ¿Qué será otro día? ¡Mejor ni pensarlo! Hay veces que me detengo a pensar en lo que nos pasa y digo: "cómo quisiera volver a la nada y olvidarme de mis problemas y de la realidad". Pues bien, en cualquier momento volveré a esa nada, en donde me encontré con el abuelo de Blanca. ¡Y ahí me quedaré!

- Antes haré lo posible para que no hagas tal tontería. ¿Acaso no tienes idea de lo que tuve que pasar para ayudarte? He cometido un grave error en dejarte ir con Catalina y Felipe, sabiendo lo sensible que eres. Caí del puente, navegué por ese río y me enfrenté a los forjadores del destino... ¿Para qué? ¿Para que empieces a decir que quieres estar en la nada? ¡No digas tonterías!

- ¡Y tú no te hagas de la valiente! ¡Eres tan débil y frágil como yo! Además, me engañaste: dijiste que estabas engripada. ¿Aún así quieres que te considere una buena hermana?

Alicia y Carolina casi empezaron a los empujones. Catalina sujetó a Alicia y Felipe a Carolina, para así evitar que se produzca una pelea. Guadalupe y Drist solo estaban observándolos.

Pero no pudieron seguir peleando, porque escucharon unos gritos venidos de afuera. Así que las gemelas olvidaron su disputa y salieron de la casa, a ver lo que pasaba.

En la casa de frente, vieron que salía una mujer de cabellos rizados, que tenía el aspecto de haber estado llorando. Pero en esos momentos solo estaba gritando.

Empezó a llover. Eso hacía que la escena que veían las hermanas se mostrara más triste de lo que era.

"Grito desesperado. Lágrimas amargas cayendo desde lo más alto del cielo e inundando las esperanzas" fue otra parte del sueño que recordó Alicia.

- ¡Esto está pasando tal como en nuestro sueño!- dijeron las gemelas, al unísono.

Y sin pensarlo dos veces, Alicia y Carolina se acercaron a la mujer para averiguar lo que pasaba.

Poco a poco, Drist sintió algo extraño en su interior. Era casi igual a la sensación que tuvo cuando conoció la felicidad. Pero esa vez, era algo que

le dolía profundamente.

Se lo contó a Guadalupe y ella, luego de estar meditando por un minuto, dijo:

- Lo que estás sintiendo es tristeza por la pérdida de un ser querido. Aunque nunca quisiste reconocerlo, amas mucho a tu madre.
- Pero si siempre la he odiado.
- Eso es lo que tú crees. Ahora, que la ves muerta, recién te has dado cuenta de cuánto la quisiste. Esas lágrimas de hace un rato venían de tu corazón.
- Es que yo... siempre creí que...

Pero no pudo seguir hablando más, porque volvió a llorar con mucha intensidad.

Catalina y Felipe, que estaban observando a las gemelas, se dieron cuenta de que aparecía un gran ejército de aquellos forjadores del destino, cuyas caras de anciano parecían estar disfrutando del momento.

- ¿Ellos otra vez?- dijo Felipe- ¿Por qué no nos dejan en paz?
- Debemos impedir que entren- dijo Catalina- aunque no estoy segura hasta cuánto podemos aguantar.
- Nuestras almas son muy importantes para ellos- dijo Guadalupe.

Felipe y Catalina la miraron, sorprendidos.

- Ellos siempre se fijan en aquellos que suelen llamar "anormales". Claro que no me refiero que ustedes lo sean, sino que casi siempre sienten como si no están bien ubicados en un lugar. Algo así como que se encuentran constantemente en otro lugar que no es el de ustedes. ¿No me equivoco?

Los dos jóvenes, con mucho pesar, afirmaron con la cabeza.

Guadalupe observó las paredes. Luego dijo:

- Estas paredes no podrán impedir que entren, dado que son como fantasmas. Por eso, he creado en el sótano una barrera, utilizando los pocos poderes que me quedaron luego de adquirir este aspecto. Pero no durará por mucho tiempo. Lo único que nos queda es reunir a todas las "almas en pena" para defendernos de aquellos nefastos forjadores del destino.

Y mientras planeaban cómo reunir a un gran ejército de almas en pena, los forjadores del destino se acercaban más y más.

Catalina llamó a las gemelas, que en ese momento trataban de consolar a la señora que gritaba. Pero ellas no hacían caso a su amiga.

Parecía que no se daban cuenta de lo que pasaba.

- No debemos alejarnos- dijo Guadalupe a los jóvenes- seremos más vulnerables si estamos solos.

- ¿Y qué pasará con Alicia y Carolina?- dijo Catalina, preocupada.

- Yo iré tras ellas- dijo Felipe, que ya estaba por salir de la casa. Pero Guadalupe lo sujetó por el brazo y dijo:

- Ahora ellas tienen otro problema que afrontar, y es la relación que se tienen entre ellas. Mejor reunamos a las almas en pena, para neutralizar a los forjadores del destino.

Apenas dijo esas palabras, se dieron cuenta de que Drist estaba corriendo, en dirección a las gemelas, para llevarlas a casa.

Apenas se acercó a las chicas, la casa del niño se derrumbó por completo.

Capítulo 23

Capítulo XX. En busca de la ruptura.

Acababan de ver a un joven

Cuya mirada había perdido

La alegría de vivir.

Las gemelas empezaron a correr. Todavía recordaban las palabras de aquella señora, que no paraba de decir: "¡Salven a mi hijo! ¡No quiero que muera por mi culpa!"

El sol ya estaba cerca de su próxima despedida, señal de que dentro de una hora sería de noche. Lo que no se daban cuenta era de que Drist y un ejército de forjadores del destino las perseguían.

Detrás de todo eso, se encontraba la arruinada casa de Drist y, bajo sus escombros, estaban Guadalupe, Catalina y Felipe. No estaban muertos, pero los escombros impedían que se moviesen con facilidad. No les quedaba otra opción más que esperar.

Mientras tanto, Alicia y Carolina empezaron a hablar acerca del sueño que tuvieron una vez, a la par que se dirigían al puente para impedir un suicidio y terminar con lo que comenzó Drist de una buena vez.

- Ya ha pasado lo primero del sueño- dijo Alicia- pero todavía no comprendo cómo sobreviví de la caída del río.
- Tienes que preguntárselo a Guadalupe- dijo Carolina- pero ahora no es el momento. Siguiendo con el sueño... ¿No te parece que fue como una metáfora? Todo es una representación de algo... aunque no viví la primera parte del sueño...
- Bueno, Drist siente algo por mí... o eso es lo que creo que me dijo. La verdad, voy comprendiendo poco a poco lo que está pasando.

Las dos se detuvieron. Acababan de ver a un joven, cuya mirada había perdido la alegría de vivir. Esa misma mirada fue la que vio Alicia un mes antes, cuando contempló el suicidio de la amiga de Carolina. Luego de reflexionar un poco, recordó que aquella vez apenas pudo moverse. Ni siquiera intentó salvarla. Fue entonces que se dio cuenta que algo la había detenido, aprisionado en su propio ser para que no hiciera algo para impedir el suicidio. Los forjadores del destino no querían que ella actuase a tiempo. Ni siquiera que conociera a Drist...

... Pero la voluntad de Alicia pudo más que las maniobras de aquellos

nefastos seres.

- ¿Ya te has dado cuenta?- dijo una voz a sus espaldas.

Las dos se dieron vuelta y se encontraron con Drist. Él las observaba con una extraña expresión de tristeza.

- ¿Qué pasó con nuestros amigos?- preguntó Carolina.

- La casa se derrumbó- dijo Drist- pero creo que no están muertos... los forjadores del destino lo hicieron para que se ocuparan de sus amigos y el suicidio se produzca.

El joven empezó a caminar. Las gemelas no sabían qué hacer: si impedir el suicidio, corrían el riesgo de perder a sus amigos. Pero si los ayudaban, el suicidio se produciría y el mundo se desequilibraría completamente.

Ya cuando estaban por perder de vista al joven, Alicia fue tras él y Carolina tras sus amigos. Solo Drist se quedó en donde estaba, sin saber qué escoger. Los forjadores del destino se acercaron poco a poco a él, rodeándolo completamente de manera que no escapara.

Drist recordó cuando estaban a orillas del río de sangre, cómo Alicia pudo evadirlos y lo que luchó para que él saliera de ahí con ella. El niño, en ningún momento intentó luchar. En sus cortos once años de vida, solo se limitaba a observar y a odiar a los humanos por ser como son y por seguir en el mismo círculo de siempre. Pero ya estaba cansado de eso: quería ser libre, ser como un niño normal y luchar por sus sueños, tener esperanzas y, por lo menos, intentar amar cada día a lo que él llamaba "corrupta humanidad".

- ¡Esto se acabó!- Gritó Drist a los forjadores del destino- ¡Estoy harto de que me estén contaminando el alma! Es hora de terminar con esto.

Sin pensarlo dos veces, se acercó rápidamente a uno de ellos y lo atravesó...

... como si solo fuese un ordinario fantasma.

Con apenas atravesarlo, el forjador del destino empezó a brillar y a gritar, como si la luz que saliera de su cuerpo lo estuviese quemando. Los otros se asustaron tanto, que empezaron a correr. Pero Drist los volvió a atravesar uno por uno, produciéndose así una cadena de destrucción de aquellos que arruinaron su corta existencia en el mundo.

Poco a poco, los forjadores del destino empezaron a transformarse. Pero Drist no se quedó a verlos. Tenía que ayudar a Alicia que, en esos momentos, estaba tratando de impedir que un suicidio más ocurriese en el puente, el portal de la muerte maldita o, como lo dijo Guadalupe, la

conexión del mundo de los muertos con el mundo de los vivos.

El joven ya estaba frente al puente, recordando la nota que escribió y el motivo por el cual tomó esa decisión. El sol ya estaba ocultándose entre los edificios. Cuando se ocultara por completo, saltaría al río y podría descansar en paz...

... sin saber que alguien impediría su prematura muerte.

- ¡No lo hagas!- gritó una joven a sus espaldas.

Él se dio la vuelta y se encontró con Alicia. Le pareció una mujer hermosa, aunque no la conocía y no sabía qué hacía corriendo tras él.

Frente a frente. Alicia no sabía qué decirle. Al principio, le parecía fácil lo que se propuso pero, en la acción, le parecía algo complicado.

El joven simplemente dijo:

- ¿Nos conocemos?

Luego de tomar un aliento, Alicia dijo:

- Eso no importa, pero conozco a tu madre. Ella me contó de tu decisión, y pide que por favor no lo hagas: que no quiere que mueras por su culpa.

El joven la observó como si estuviese loca. Luego dijo:

- Yo hago lo que quiero... y si de verdad mi madre está preocupada por mí, no enviaría a una de sus amigas para persuadirme de mis decisiones.

Y ya estaba a punto de dar vuelta, cuando Alicia lo sujetó por el brazo.

- Si no me escuchas, las consecuencias serán graves.

No tuvo otra opción que empujarla. Alicia cayó al suelo, sin saber qué hacer. Vio cómo iba cruzando lentamente el puente, del cual ya nadie se atrevía a cruzar por la creencia de que estaba maldito.

A pesar de que no sabía cómo detenerlo, Alicia se levantó, empezó a correr y, ya cuando el joven se lanzó del puente, lo sujetó por los brazos y lo mantuvo colgado.

Él observó la fuerte corriente, que era capaz de arrasar hasta con las más

feroces bestias del mundo. Su respiración empezó a acelerar.

- Por favor... si vas a morir, te suplico que me escuches- dijo Alicia, haciendo todo un esfuerzo posible por no soltarlo- solo quiero que sepas que tu madre siempre te ha amado, aunque solo estuvo pendiente de su difunto marido y nunca te prestó atención. ¿Sabes? Me contó que escribías, pero que nadie te valora por eso. Pero tu madre te admira. Hasta leyó la novela que escribiste y que tiraste a la basura. Dice que es la mejor obra que jamás haya leído en su vida.

El joven la miró. No sabía de dónde había venido esa mujer y el por qué no quería que muriera. Pero de lo que estaba seguro era que las palabras de Alicia lo hicieron valorar la vida y de parecerle una tontería el querer suicidarse segundos antes.

Las manos de Alicia empezaron a sudar. Ya no podía sostenerlo por mucho tiempo. A pesar de todo, hizo un último intento y, con un grito al cielo, trató de levantarlo.

Por suerte, otras manos empezaron a ayudarla. Eran las de Drist.

- Ya estoy harto de estar mirando como un idiota- le dijo Drist a Alicia, para luego añadir- he logrado librarme de los forjadores del destino. Ahora ya no nos molestarán.

Y mientras levantaban al joven, escucharon voces de otras personas, que estaban dándoles ánimos. Poco a poco, los ciudadanos de ambas orillas se acercaron al puente, al ver cómo una mujer y un niño trataban de salvar a un hombre que quería acabar con su vida.

- ¿Lo ves?- dijo Alicia, cuando ya casi lo sacaba del peligro- todas estas personas no quieren que mueras. Suficiente sangre ha caído en este sitio.

- Es hora de romper con la maldición- Dijo Drist- y además, otras personas sufrirán el doble... en especial tu mamá.

Ya cuando lo alzaron por la barandilla del puente, el joven se impulsó hacia el mismo y logró salvarse. Respiró hondo y observó a su alrededor: varias personas estaban ahí, aplaudiendo y alegrándose porque no se había muerto. Nunca creyó encontrar a tantas personas que sentirían mucho la pérdida de su vida...

... aunque eran completos desconocidos.

Cuando Alicia creyó que todo había terminado, ocurrió algo que no se había esperado: el puente empezó a desquebrajarse rápidamente.

Capítulo 24

Capítulo XXI. El descanso eterno.

Las personas empezaban a decir

Un montón de cosas que

No entendió, razón por la cual le

Dio a entender que todavía seguía viva.

En un abrir y cerrar de ojos, los tres se encontraron colgados por los escombros del puente. Las personas que los observaban empezaron a gritar de la desesperación: Nadie sabía qué hacer.

Drist estaba tratando de subir. Alicia se sujetaba por los escombros con la mano derecha, mientras que con la izquierda sujetaba al joven que no pudo sostenerse a tiempo.

Poco a poco, los escombros se agrandaban y ya no soportaban el peso de Alicia y el joven. Drist, en cambio, tenía más posibilidades de salvarse...

... si no fuese porque otra grieta también se estaba abriendo.

- ¡No se preocupen! ¡Buscaremos ayuda!- Empezaron a decir unos cuantos, que trataban de mantener la calma.

- ¡Será mejor que no se muevan, o será peor!- gritaron otros.

Alicia, entonces, poco a poco recordó el incidente que sufrió unas horas antes, cuando cayó del puente con Guadalupe. En esos momentos, se preguntó cómo pudieron salvarse ante tal caída. Y en el caso de que alguien no muriese al tirarse al río, saldría gravemente lastimado. En un lapsus de tiempo vio todo lo que había pasado: caída al agua, vueltas y más vueltas por la corriente, unas manos protegiéndola y, finalmente, un grupo de espíritus rodeándolas por completo... de manera que ambas no saliesen lastimadas.

“Pero... ¿Por qué unos espíritus estarían preocupados por mi sobrevivencia?”

Esa misma pregunta se la respondió Alicia, recordando algunas escenas del sueño que tuvo: Porque simplemente estaban hartos de sufrir eternamente sus pecados...

... del cual solo conseguirían el descanso eterno...

... si las muertes ocurridas en el lugar disminuían o se acababan.

Ya no podía sostenerse. Si soltaba al joven, tenía más posibilidades de salvarse. Pero entonces, la situación se agravaría como siempre y toda lucha sería en vano. Y si no lo soltaba, ambos caerían al río y sería como aquellas almas en pena...

... que gracias a los forjadores del destino...

... pararon en el límite de "la vida y la muerte".

Por suerte, algunas personas lograron lanzarles sogas, de manera que no necesitaban pasar por la peligrosa grieta que destruía cada vez más al puente.

- Alicia- dijo Drist.

Alicia lo observó sosteniendo la soga y ofreciéndosela.

- Suban ustedes primero.

- Pero tú tienes más posibilidades para escapar...- empezó a decir la joven, pero Drist la interrumpió.

- Si mueres, otros sufrirán tu falta. Tus padres no dejaran de velar por ti y tu hermana se preguntará una y otra vez el porqué. Sálvate tú primero.

- Primero irá él, entonces- dijo Alicia, señalando al joven con la cabeza.

Drist le pasó la soga al joven. Él, que hacia unos minutos quería suicidarse, se aferró a la cuerda como si de eso dependiera su vida. Luego lo subieron, mientras la grieta se abría más y más.

Cuando el joven estuvo fuera de peligro, volvieron a pasarle la soga a Drist. Alicia, ya con una mano libre, aprovechó para sujetarse lo mejor que podía, aunque poco a poco sentía que se caía.

- Creo no poder soportarlo más...

- No te rindas- le susurró Drist- si quieres, te ayudo.

- Por favor... si muero... dile a mi hermana que siento mucho pelearme con ella hace solo unos instantes... siempre la he admirado... aunque nunca quise reconocerlo...

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Drist trató de acercarse a Alicia. Pero perdió equilibrio y resbaló. Por suerte, le dio tiempo para sujetarse por la soga.

La grieta se abría cada vez más.

- No morirás. No lo permitiré- dijo Drist.
- ¡No quiero morir! Aún no me ha llegado la hora...- gimió Alicia.
- Tranquilízate y escucha- le dijo Drist, con una voz autoritaria y fría. Alicia dejó de gemir y escuchó.
- Quiero que te sueltes y te sujetes por la soga. Pero hazlo cuando caiga el resto del puente. Así podrán alzarnos y salvarnos a tiempo.
- ¿Y si fallo?
- No fallarás. Confía en mí... y confía en ti, porque yo confío que lo lograrás.

Alicia respiró hondo. Trató de tranquilizarse y de concentrarse en una sola cosa: agarrar la soga y salvarse, con Drist a su lado.

Las personas empezaban a decir un montón de cosas que no entendió, razón por la cual le dio a entender que todavía seguía viva. Y como toda persona que se encuentra en peligro de muerte, empezó a valorar todo aquello que siempre le había parecido indiferente y que nunca le había prestado atención: sus padres, su hermana, su mejor amiga y todos aquellos que la querían y apreciaban como era. Y con todo eso, también se dio cuenta de lo valiosa que es la vida, que no volvería a vivir lo mismo dos veces...

... por más que existiese aquello llamado reencarnación.

El resto del puente cayó al río. Por un momento, la corriente disminuyó de intensidad, para luego arrastrar el resto de los escombros a una increíble velocidad.

Alicia logró sujetarse a tiempo por la soga. Sentía que estaba a punto de desmayarse, pero trató de aguantar...

... por lo menos hasta pisar tierra firme.

Y mientras la subían con Drist, le pareció escuchar que alguien gritaba su nombre: "¡Alicia!"

No estaba segura si era mujer u hombre. Pero de lo que sí estaba segura era que, a pesar de las dificultades, todavía seguía con vida.

Cuando por fin llegaron a tierra firme, Alicia sintió que ya no podía más y se desmayó.

Al despertar, lo primero que vio fue el rostro de Carolina. Mirar a su hermana era como mirarse a un espejo, con la diferencia de que se veía

con cabellos largos.

Alguien la sostenía, de manera que no estaba totalmente acostada en el suelo. Pero como no tenía fuerzas para nada, se dejó abrazar por su hermana.

- ¡Déjala respirar!- dijo la persona que la sostenía. Era Felipe.

Alicia se incorporó lentamente. Le dolía su cuerpo, pero al menos se alegraba de estar viva. A su lado estaba Catalina, que la ayudaba a levantarse. Carolina se hizo a un lado y Guadalupe apartaba a los curiosos. La joven escritora no entendía cómo pudieron salir bien de la destrucción de la casa de Drist.

Pero todavía no estaba preparada para desvelar ese misterio... y mucho más.

- Mientras regresábamos, me encontré con una de mis amigas que vive por aquí- explicó Carolina a su hermana- le conté la situación y ella, gracias a unos conjuros, logró que varios espíritus te ayudaran.

- No entiendo de qué me hablas- dijo Alicia- acabo de salir de un apuro y tú me hablas de espíritus...

- ¿No recuerdas aquella vez, en que mi amiga y yo rezábamos por el alma de Sofía?

- ¡Ah! La practicante de exorcismo... que nos salvó a todos cuando intentamos autodestruirnos...

Y en eso estaban cuando apareció la practicante de exorcismo, con una maleta llena de artefactos exorcistas. Junto a ella estaban dos chicos, también amigos de Carolina, que transportaban otros artefactos extraños.

Alicia, una vez más, se preguntó el porqué Carolina tenía unos amigos muy extraños.

- Menos mal que te encuentras bien- empezó a decir Felipe a Alicia, mientras se sonrojaba un poco- por un momento creí que habías muerto... la vida sin ti no tendría sentido, solo un largo futuro de drogas y sin nada que hacer...

Alicia no dijo nada. En el fondo, sabía que Felipe sentía algo por ella, pero dejó que él mismo lo admitiese...

... para así saber cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

Unos cuantos empezaron a señalar el cielo. Todos observaron y vieron un espectáculo que jamás creyeron ver: pequeñas lucécitas cayendo al cielo como la nieve, para luego iluminar las calles como si fuese pleno día. Por un momento, las personas olvidaron lo que pasó con el puente y se

quedaron a observar ese hermoso y extraño acontecimiento.

Los cuatro chicos y Guadalupe fueron los únicos que observaron a unos seres extraños, casi iguales a los forjadores del destino, pero con la diferencia de que tenían el rostro joven y bondadoso.

- Ojala Drist pudiese ver el espectáculo- murmuró Catalina, por lo bajo.

Alicia, entonces, se dio cuenta de que, desde que despertó, no había visto a Drist.

- ¿Dónde está?- preguntó Alicia a su amiga- no veo que haya caído al río, porque estoy segura de que nos subieron juntos... al menos, vi que alguien lo alzaba...

- Es más complicado de lo que crees- dijo Catalina- Drist no cayó al río por no haberse sostenido ni nada parecido. Él... ¡Se desvaneció en el aire como un fantasma!

Por unos minutos, Alicia se quedó sin hablar. Las palabras de Catalina tardaron en llegar a sus oídos.

"¿Se desvaneció? ¿Acaso era un fantasma? ¡Es imposible! ¡Era tan sólido como un objeto o materia!" fue lo único que pensó la joven, para sus adentros.

- ¿No se tratará de una broma?- preguntó, luego de estar largo rato en silencio y pensando.

- ¿Crees que bromearía con ese tipo de cosas?- dijo Catalina, impacientándose- seré traumada o "loca", como siempre te refieres a mí... ¡Pero nunca bromearía con una situación así!

Carolina, que estaba hablando con sus amigas, se acercó a Alicia y confirmó las palabras de Catalina.

- ¡No lo puedo creer! ¿Acaso Drist era un fantasma?- siguió diciendo Alicia.

- Yo tampoco lo entiendo- dijo Carolina- ni siquiera mis amigos. Al igual que yo, llegaron a la conclusión de que era un fantasma.

Felipe asumió con la cabeza, confirmando así las palabras de Catalina y Carolina.

Guadalupe, que parecía no darse cuenta de aquella conversación, seguía observando el hermoso espectáculo de luces y seres pequeños bailando alrededor de los árboles y las personas, para luego deshacer el círculo que formaban alrededor y desaparecer tras las paredes y los pilares.

Y mientras observaban, empezó a hablar sola. Más bien parecía que estaba pensando en voz alta. Alicia, Carolina y sus amigos, Catalina y Felipe la escucharon atentamente, porque se dieron cuenta de que esas palabras, inconcientemente, se dirigía a ellos.

- En estos largos años de existencia en el mundo, nunca he observado algo como esto. Aquellos que se hacían llamar forjadores del destino, que solo eran residuos de personas que murieron antes de tiempo, jamás lograron algo como esto. Los espíritus que han estado atrapados por largos años, ahora están bailando libres, formando así la lluvia de luz. De seguro, ahora Drist será uno de ellos...

¡Pobrecito! Él, que a los tres años fusionó, sin querer, su alma con la de los forjadores del destino, se convirtió en alguien casi igual que yo. Por supuesto, jamás se dio cuenta y transmitió su poder por toda esta zona, haciendo que los suicidas encuentre este lugar como un sitio atractivo para la muerte. ¿Cómo no me he dado cuenta de eso antes? Si en segundos leí su mente, que por cierto me pareció algo complicada, algo así como un rompecabezas. Y ni aún así me di cuenta de lo que era él en realidad. Pero cuando se dio cuenta de que era libre de decidir, que no iría por buen camino si seguía su odio hacia los humanos, destruyó lo que se creó con las muertes y las energías negativas de la mente humana, para así poder lograr aquello que, en el fondo, siempre había deseado: el descanso de su alma.

Y así termina este largo círculo que no tenía final... así como suele ser la vida y aquello llamado "karma". Pero si alguien se propone a cortar ese ciclo sin final, otro comienzo habrá. Solo depende de uno mismo para dar inicio al final de una ronda. Eso me lo enseñaron un grupo de jóvenes y un niño que, a pesar de la vida que llevó y de los sentimientos que transmitía, logró poner fin a lo que tanto le había atormentado.

Por un momento, Guadalupe se distrajo del espectáculo y observó a los jóvenes. Todos parecían sorprendidos, porque realmente no se esperaban que Drist fuese alguien como Guadalupe.

Alicia recordó la primera vez que lo conoció, y también recordó las palabras que dijo en aquel día: "Es por eso que aborrezco a los humanos. ¡Y me aborrezco a mí mismo por ser uno!"

Catalina, en cambio, recordó las palabras de aquella niña fantasma, con quien soñó cuando ella logró llegar al paraíso: "En el lugar en donde morí ocurrieron otras muertes que, poco a poco, están invadiendo tu mundo. Creo que la culpa la tiene ese niño, que está contaminado por todo lo malo..."

Carolina recordó la vez en que se fue a la Nada. Justo coincidió cuando

pasó cerca del puente, al ir a la casa de su amiga Blanca.

Felipe, en cambio, volvió a recordar la vez en que se encontró por primera vez con Drist, el cambio que le produjo en su vida y que, por poco, perdió las esperanzas de encontrarse cara a cara con Alicia...

... hasta que la vio, con Catalina, en el sitio en donde él se encontraba en aquel día y hora.

Y mientras los jóvenes recordaban todo aquello, Guadalupe interrumpió sus pensamientos y dijo:

- Creo que ya lo tienen casi todo claro, pero... ¿No creen que les falta algo?

Alicia, entonces, recordó que se había preguntado, antes de darse cuenta de la ausencia de Drist, que cómo salieron sus amigos ilesos de la destrucción.

- Qué bueno que te acuerdes- le dijo Guadalupe a Alicia- gracias a mis escasos poderes, la barrera que creé para defendernos de los forjadores del destino nos salvó de la destrucción. No me había dado cuenta de que la casa de Drist se destruiría apenas él se decidiera a acabar con lo que empezó. Por esa razón, no logré reunir a las almas en pena que necesitaba... pero al menos, logramos que los forjadores del destino nos dejaran en paz.

- No recuerdo eso- dijo Felipe- claro que he perdido el conocimiento.

- Yo también- dijo Catalina.

- Yo, por suerte, mientras iba de regreso, me encontré con los amigos que viven en este lado de la ciudad- dijo Carolina- se comprometieron a ayudarme y empezamos a levantar los escombros. Poco a poco, algunos vecinos nos ayudaron y así logramos sacarlos... aunque inconcientes.

- Por suerte nos sacaron a tiempo- dijo Guadalupe- no pude aguantar tanta presión y, al final, me desmayé.

- Cuando desperté, encontré la casa destruida- dijo Catalina- por cierto, fui la primera en despertarme. Luego de que los otros despertaran, fuimos corriendo tras ti, Alicia. Casi temimos llegar tarde...

- Llegaron justo a tiempo- dijo Alicia- y también me alegro de que no les haya pasado nada malo. Ahora, todos aquellos que murieron por fin encontrarán lo que tanto anhelaban: el descanso eterno.

Empezó a recordar aquel sueño que tuvieron todos, el cual resultó ser una predicción que, poco a poco, le prepararía para el hecho que acababa de vivir. También comprendió que la cápsula que caía del cielo era el alma de Drist, y que los seres que salían de su interior eran fragmentos de su espíritu, el cual fue fusionado con los forjadores del destino... para luego

separarse y no volverse a juntar más.

Alguien la estaba llamando. También a Carolina. Las dos hermanas vieron que, al otro lado del río, las saludaba Blanca. Las llamaba y les preguntaba si se encontraba bien.

- Sí, nos encontramos bien- dijo Carolina.
- Acabo de enterarme de lo que pasó con el puente- les gritó Blanca- realmente me dio un susto tal noticia... espero que puedan lograr cruzar hacia este lado.

Guadalupe y los cuatro jóvenes, entonces, se dieron cuenta de un detalle que, por las cosas que acababan de vivir, no le habían prestado la debida atención.

- Y ahora... ¿Cómo volveremos a casa?- preguntó Felipe, desesperado.
- Hay otro puente, pero más lejos- dijo Catalina- debemos ir ahí.
- Nuestros padres querrán saber toda la verdad- dijo Alicia- ojala no estén enojados.
- No lo creo- dijo Carolina- yo digo que estarán preocupados.
- Bueno, es hora de regresar- dijo Guadalupe- Felipe, puedes seguir viviendo conmigo, si quieres.
- Está bien- dijo el muchacho- total, no tengo adonde ir.

Y mientras se dirigían al otro puente, Alicia, tímidamente, le dijo a Felipe que podía pasar por su casa cuando quisiera.

- ¿De veras?- le preguntó Felipe.
- Completamente- dijo Alicia- Las puertas siempre estarán abiertas.

Con esas palabras, las esperanzas de estar con Alicia se agrandaron completamente. Con eso, Felipe juró que, tarde o temprano, los dos formarían una linda pareja...

... a pesar de la diferencia de edad.

La lluvia de luz siguió hasta la medianoche, haciendo que el extraño fenómeno saliera en las noticias. También salió la destrucción del puente maldito y de cómo unos jóvenes casi murieron por eso. Por supuesto, eso a los chicos no les importó.

Y siguieron caminando hacia donde se originaban todos sus sueños e ideales de la vida: a su hogar.

Capítulo 25

Epílogo

El niño, por un momento, sintió que algo diferente pasaría aquel día.

No tenía nada que ver con un sueño, dado que, desde que vislumbró por primera vez un suicidio, dejó de soñar.

Por la mañana, mientras daba de comer a su madre, descubrió algo que nunca le había llamado la atención: una caja debajo de la cama. Como su madre estaba tan ocupada jugando con la comida, el niño se metió bajo la cama y empezó a ver el contenido de la caja.

En su interior vio fotos. Eran fotos de su madre, cuando era joven. En todas estaba sonriente y saludable, como si disfrutara a lo máximo de su juventud. Era muy diferente a la mujer que tenía que cuidar, desde que su padrastro y sus hermanos mayores abandonaron la casa y nunca más regresaron.

En una de las fotos, estaba su mamá con un hombre, muy diferente al que vivía meses antes en la casa. Los dos eran muy felices y, en el fondo, supo que ése era su verdadero padre. Aquel que comenzó con su desdichada vida, por un amor que acabaría luego de su prematura muerte.

Su corazón latió aceleradamente, mientras pensaba qué pasaría si ese hombre no muriese. ¿Serían una familia feliz? ¿Él sería un niño normal? ¿No estaría odiando a los humanos por ser como son? Sin embargo, por razones del destino, el niño nació y creció bajo condiciones precarias...

... sin darse cuenta de que, en cualquier momento, eso cambiaría completamente.

Su madre lo estaba llamando. Él volvió a guardar las fotos en su lugar, salió de la cama y limpió el rostro de su madre. Luego la tapó, esperó a que se durmiese y, después, salió de la casa.

Caminó por las vacías calles del barrio, que estaba un poco cerca del puente. Ya se estaba haciendo de noche, el momento ideal para que algún estúpido humano creyese que, con su muerte, cortaría el círculo de la vida al cual ha estado condenado a vivir.

Y cuando llegó cerca del puente, la vio: era una chica, de rostro triste, que estaba lanzando maldiciones contra la vida. Luego, un suspiro y, con el viento acariciando sus cabellos, un pequeño salto hacia la fuerte corriente

del río mortal.

Y como siempre lo hacía, el niño fue en el medio del puente. Por alguna razón, vio que una joven de cabellos cortos también se acercaba al sitio. A pesar de verla asustada por lo que había visto, el niño pudo notar que, los ojos de esa persona eran muy diferentes al resto de los otros humanos. Aún así, aquellas voces malignas lo obligaron a tratarla mal, a rebajarla por ser simplemente una humana más...

... a pesar de que no estaban destinados ni a mirarse...

... porque, con ese simple hecho, la historia cambiaría de curso.

El niño miró el atardecer. Sintió que la joven no se iría, por lo que decidió entablar una conversación con ella.

Y así inició con el nudo del problema, diciendo estas palabras:

“Ella quiso cortar el círculo”